

La Ilustración Artística

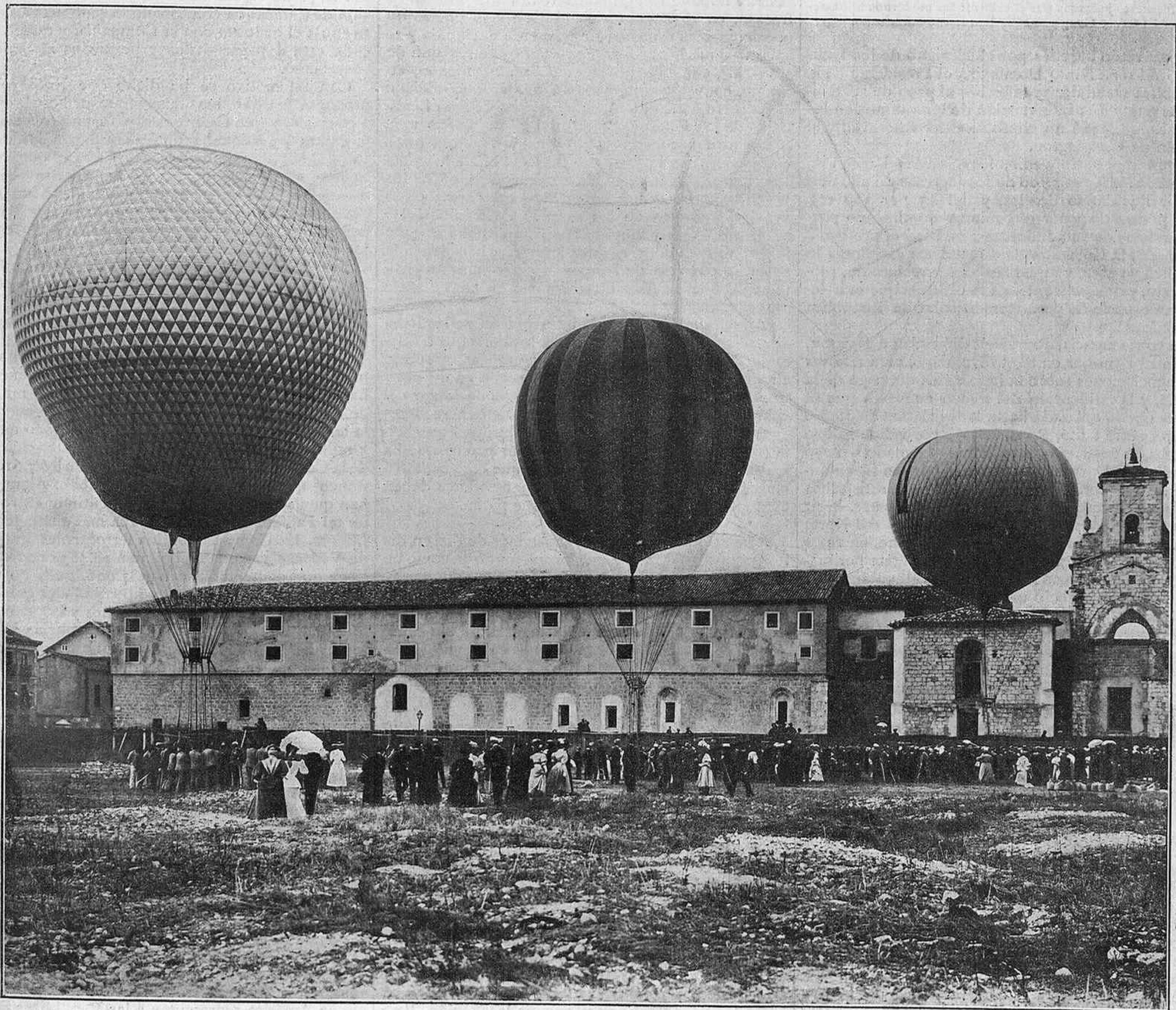
Año XXIV

← BARCELONA 18 DE SEPTIEMBRE DE 1905 →

Núm. 1.238

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BURGOS.—EL ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO



LOS GLOBOS «JÚPITER,» «MARTE» Y «URANO» DEL PARQUE AEROSTÁTICO DE GUADALAJARA INSTALADOS EN LA HUERTA DE SAN JUAN Y CON LOS CUALES SE HICIERON IMPORTANTES OBSERVACIONES DURANTE EL ECLIPSE. EL GLOBO «JÚPITER» IBA TRIPULADO POR EL TENIENTE CORONEL DE INGENIEROS SR. VIVES, POR EL PROFESOR BERSON, REPRESENTANTE DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE AEROSTACIÓN, Y POR EL AUDITOR SR. ROMEO; EL «URANO,» POR EL CAPITÁN DE INGENIEROS SR. KINDELÁN Y POR EL DIRECTOR DEL OBSERVATORIO DE MADRID D. AUGUSTO ARCIMIS; Y EL «MARTE,» POR EL TENIENTE DE INGENIEROS SR. HERRERA Y EL SR. FERNÁNDEZ DURO. (De fotografía de Alfonso Vadillo.)

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Lo que se encuentra en el camino (cuento)*, por Emilio Rueda. — *El eclipse del 30 de agosto último en Burgos.* — *El eclipse de sol del 30 de agosto de 1905*, por José Comas Solá. — *La paz ruso-japonesa.* — *Un retrato del papa Pío X.* — *El transatlántico «Kaiserin Augusta Victoria».* — *Recientes descubrimientos arqueológicos en Efeso.* — *Problema de ajedrez.* — *La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación). — *La Pasión en Nancy.* — Libros recibidos.

Grabados.—*Burgos. El eclipse total de sol del día 30 de agosto último. Los globos «Júpiter», «Marte» y «Urano».* — Dibujo de Camps que ilustra el cuento *Lo que se encuentra en el camino.* — *Aguador. Un lechuznino*, dibujos de José Jiménez Aranda. — *Burgos. Vistas de las tiendas de campaña y de los aparatos para observar el eclipse de sol.* — *Vistas fotográficas de protuberancias y coronas solares.* — *Guerra ruso-japonesa. Charanga rusa en el cuartel general de Linévitch.* — *Susurros de amor*, cuadro de L. G. Wilton. — *El pintor Van Velde retratando á S. S. el papa Pío X.* — *El transatlántico «Kaiserin Augusta Victoria».* — *Vistas fotográficas de la Pasión en Nancy.* — *Morillo para chimenea*, escultura de Ernesto Costeick. — *Los delegados suecos y noruegos en la Conferencia de Carlstadt.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La República Dominicana bajo el protectorado del presidente de los Estados Unidos de Norte América. — La doctrina de Roosevelt respecto á las Repúblicas hispano-americanas: la intervención en los países bañados por el mar Caribe: actitud de las Cámaras yanquis: posibles complicaciones con potencias europeas. — La República de Panamá y el Gobierno de la Zona del canal: la fiebre amarilla. — Venezuela: definitivas sentencias del Tribunal Supremo en los pleitos con las compañías extranjeras: las reclamaciones de los acreedores franceses juzgadas por el árbitro: los modernos filibusteros. — El tercer Congreso científico latino-americano.

El convenio suscrito por el Ministro de los Estados Unidos en Santo Domingo y el Presidente de la República Dominicana referente al pago de las deudas de ésta y á la intervención de los yanquis en las aduanas, ocasionó un conflicto entre Roosevelt y el Senado de Washington.

Según dicho Convenio, los Estados Unidos se reservarían el 55 por 100 de los ingresos de aduanas para ir liquidando deudas, y del 45 por 100 restante podría disponer el gobierno dominicano para los servicios de su administración. Pasó el protocolo al Senado; la Comisión de Relaciones exteriores lo modificó ya algo, y aquél acabó por rechazarlo, protestando, principalmente, de la cláusula que establecía una especie de protectorado sobre la República Dominicana.

En consecuencia, Roosevelt dió orden á Dawson, el ministro yanqui en Santo Domingo, para renovar las negociaciones sobre la base única del pago de la Deuda, y la ratificación del nuevo convenio que se hiciera quedó aplazada hasta la legislatura de otoño.

Pero, entre tanto, Roosevelt da por válido lo que no lo es, es decir, el convenio que el Senado se negó á aprobar, y Dawson y sus agentes siguen incautándose de los derechos de aduanas, muy satisfechos porque la recaudación aumenta. Cabe, pues, decir que el presidente de los Estados Unidos del Norte de América se ha erigido, personalmente, en tutor de los dominicanos, y que ejerce esa tutela por medio de su representante Dawson. La República Dominicana está, no bajo el protectorado de los Estados Unidos, sino de Mister Roosevelt.

El *kaiser* yanqui no se limita á ejercer protectorado en Santo Domingo. Con las garras bien clavadas en esa república, y en Panamá, y en Puerto Rico, y en Cuba, el águila de Washington parece haberse convertido en buitre que extiende y agita sus alas sobre todos los pueblos del mar Caribe, y acecha la ocasión de nutrirse con ellos. Y no se recata, por cierto, Roosevelt en darlo á entender, por más que encubra con eufemismos la iniquidad del propósito. Públicamente declara en el Mensaje á las Cámaras, refiriéndose á los países bañados por el mar Caribe, que «intervendremos en sus asuntos en último extremo y cuando aparezca evidente su impotencia ó su falta de voluntad para proceder con justicia en el interior y en el exterior, violando de algún modo los derechos de los Estados Unidos ó ocasionando con su conducta agresiones de afuera, con daño de los intereses generales de la América. Toda nación, ya pertenezca á este continente, ya á cualquier otro, que aspire á mantener su libertad é independencia debe comprender que el derecho á disfrutar de esa independencia es inseparable del deber de hacer buen uso de ella.»

Se intervendrá, pues, cuando haya pretexto para suponer que tal ó cual República no tiene condiciones de vida y ha llegado al *último extremo*. Si el pueblo á quien se juzgaba medio muerto, da señales de vida, y lucha, y se defiende, no hay que esperar que

el «interventor» ó conquistador retroceda ante las contingencias de una guerra, porque, en opinión de Roosevelt, «sólo los pueblos perezosos, tímidos, imprevistos, enervados por el lujo y el egoísmo ó descarriados por falsas enseñanzas, han dejado de cumplir cobardemente con deberes que exigen energía y sacrificios, encubriéndose á sí mismos tan bajos motivos con el nombre de amor á la paz.»

Y, claro es, como los Estados Unidos constituyen un pueblo activo, valeroso, previsor, enérgico, altruista y bien enseñado, nunca por amor á la paz podrá dejar de cumplir el deber que se ha impuesto de obligar á todos los pueblos de América á que hagan buen uso de su libertad é independencia.

El mensaje de Roosevelt vino á ser, en realidad, una alocución ó manifiesto dirigido á las Repúblicas hispano-americanas, declarando su hegemonía sobre todo el continente, ó por lo menos, sobre los pueblos de las Antillas y del Istmo, y los de la América meridional que tienen costa en el mar Caribe. Esos pueblos habrán de vivir y gobernarse como plaza á los Estados Unidos, siempre de acuerdo y en alianza con ellos; de lo contrario, serán declarados ineptos é indignos de ser libres. El supremo juez encargado de hacer esta soberana declaración es el Presidente de la República Yanqui. Nadie le ha otorgado ni le reconoce tan altas funciones; pero está dispuesto á ejercerlas á título del más fuerte.

Por fortuna para América, para la América toda, la del Norte y la del Sur, situaciones que no tienen más base que la fuerza, y pugnan con la razón y con el derecho, son siempre transitorias. En los mismos Estados Unidos inspira ya recelos la política absorbente é imperialista de Roosevelt. Va de fracaso en fracaso, en el Senado, y en el Congreso encuentra oposición más ó menos francamente declarada y se aplazan ó modifican sus proyectos sobre revisión de aranceles, aumento de la escuadra, tratados de arbitraje, convenios internacionales, etc. Está iniciado el conflicto entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo de los Estados Unidos del Norte de América.

Por otra parte, como, más ó menos, las potencias europeas tienen intereses en las Repúblicas hispano-americanas, la intervención en éstas de los Estados Unidos vendría á ser, en muchos casos, una intervención indirecta en los asuntos de aquéllas. De aquí, probables y muy graves complicaciones para los Estados Unidos, si éstos llegaran á hacer suya la soberbia doctrina de Roosevelt y adoptasen resueltamente una política internacional en consonancia con ella.

Y que la tal doctrina de intervención en los Estados americanos puede atentar á los derechos ó intereses de súbditos de potencias europeas, pruébalo ahora mismo la ingerencia de Roosevelt en las cuestiones financieras dominicanas. Pretende juzgar del valor que tienen las reclamaciones de los acreedores europeos, y con tal objeto envió á Europa á un agente suyo, apellidado Hollander. Este parece que ha emitido ya informe; en él sostiene que esas reclamaciones son exageradas, y que los acreedores deben contentarse con el tercio de lo que piden.

Respecto á Panamá, señálanse más de día en día los propósitos de anexión. Considerando ya como un pequeño Estado la zona del canal que compraron, los yanquis la proveen de su correspondiente escudo de armas. En pleno país de lengua española ejercen soberanía, y para que no haya lugar á duda, rodean su propio escudo con inscripciones en lengua inglesa. Sobre un galeón que navega á velas desplegadas entre dos altos acantilados, se lee: «Government of the canal zone;» debajo, «The Earth divided, the World united.» (La Tierra dividida, el Mundo unido.)

Posible es que este escudo substituya pronto al de la República de Panamá. No hace mucho un diputado yanqui presentó á su Congreso la proposición siguiente: «Teniendo en cuenta que con ello habrían de resultar altamente beneficiados los más legítimos intereses del mundo y en especial los de las dos partes contratantes, se ruega al presidente de la República que comunique al Congreso bajo qué condiciones puede ser anexionado á los Estados Unidos el territorio de la República de Panamá, debiendo quedar los habitantes del mismo en posesión de todos los derechos, privilegios é inmunidades que la Constitución federal garantiza á todos los ciudadanos.»

Todo es cuestión de oportunidad, y seguramente no han de encontrar los yanquis grandes dificultades entre los panameños para decidir la anexión. Peor enemigo es el mosquito de la fiebre amarilla. No será, ciertamente, obstáculo para hacer de Panamá un Estado, un territorio ó una colonia yanqui; pero sí para activar las obras del canal. En las épocas en que la terrible peste cunde, el pánico es general, é ingenieros, capataces y obreros se niegan á trabajar.

Extraño es que esos yanquis, que tan fácilmente extrirparon el mal en Cuba, no consigan análogo resultado en sus propios territorios, en la zona del canal y en Nueva Orleans.

Venezuela es otra de las Repúblicas hispano-americanas, otro de los países del mar Caribe á que alude en sus discursos Roosevelt. Por su parte, hace éste cuanto puede para llevarla al *último extremo* que dé pretexto para la intervención. Prestó apoyo indirecto á los revolucionarios; consintió que escuadras europeas cañonearan plazas venezolanas; de acuerdo con los aliados puso mano en la renta de Aduanas; negó, por último, á Venezuela una de las facultades de todo Estado soberano, la de administrar justicia. Como ya sabemos, sigue el gobierno de Washington pretendiendo imponerse al fallo de los tribunales venezolanos; no lo tolera Castro, y ante las exigencias de aquél declara por medio de su ministro de Relaciones exteriores que el asunto de la «New-York and Bermudez Company» es por su naturaleza de los que pertenecen á la justicia ordinaria del país, porque á las leyes de éste se hallan sujetos todos los de nacionalidad extraña que vienen á radicarse ó contratan en él.» La cuestión, añadía el ministro en su nota ó carta del 23 de marzo último, «es saber si el gobierno de los Estados Unidos acepta y acata la legislación de la República y la honorabilidad de sus tribunales, ó no.»

En verdad, importábase poco á Castro saber esto. Hallábase decidido, fuera cual fuese la actitud de Roosevelt, á no consentir que la famosa Compañía se burlara de las leyes y de los tribunales nacionales. El pleito siguió su curso, y el tribunal de Casación de Caracas ha confirmado la sentencia anterior; se anula el contrato con la Compañía, y queda obligada ésta á pagar daños y perjuicios al gobierno venezolano.

Con tal motivo se ha dicho que Roosevelt se proponía realizar una demostración hostil contra Venezuela, y que Castro estaba dispuesto á aceptar la guerra y gestionaba una alianza con las demás Repúblicas hispano-americanas. Claro es que, con el tiempo, si los Presidentes de los Estados Unidos mantienen las pretensiones del actual, se impondrá esa alianza; pero hoy es prematuro pensar en ella, pues ni los ánimos ni las fuerzas están aún dispuestos para realizarla.

El tribunal de Casación citado confirmó también, en el pasado mes, la anulación del contrato con la Compañía francesa de los cables. Esta parece que se niega á reconocer la autoridad de la sentencia. Veremos el giro que toma este otro conflicto.

Los árbitros nombrados para decidir sobre reclamaciones de acreedores franceses contra Venezuela han dictado ya fallo. Nada menos que 40 millones de francos pedían aquéllos; sólo se ha reconocido la legitimidad de créditos por valor de poco más de 5 millones. La indemnización mayor otorgada es la de la Compañía general del Orinoco; de los 7.616.000 francos que pidió, se le dan 2.408.000. Algunos se han quedado sin percibir ni un céntimo; entre ellos un tal Fabiani, que no reclamaba más que 9.509.000 francos. La Compañía de los ferrocarriles franceses de Venezuela quería embolsarse 18.483.000 francos; tiene que contentarse con 387.000, pues no valen más los servicios que hizo y no cobró del gobierno.

Como se ve, otra vez los hechos y las cifras demuestran hasta qué punto llegan la codicia y la mala fe de algunos de los extranjeros que fundan empresas industriales y mercantiles en ciertas repúblicas americanas, con deliberado propósito de no cumplir los compromisos contraídos, confiados en que desórdenes interiores y guerras civiles han de proporcionarles ocasión de encubrir ó cohonestar sus faltas y de fingir créditos enormes contra los mismos gobiernos con quienes contrataron. Así, aun cuando el negocio ó la industria no rindan provechos, siempre queda una especie de garantía forzada de interés que, si el gobierno á quien se pretende estafar es débil, se cobra bajo el amparo de la diplomacia ó del cañón de la nación respectiva. Justificadas están, ciertamente, todas cuantas precauciones toma Castro, y las energías de que hace alarde, contra esos modernos filibusteros.

El 6 de agosto se ha reunido en Río de Janeiro el tercer Congreso científico latino-americano. Personalidades de gran cultura y de reconocido prestigio en América representan á las Repúblicas latinas de este Continente. La sesión inaugural, en el teatro de San Pedro Alcántara, fué una gran solemnidad á la que concurrieron las autoridades y los más altos funcionarios del gobierno y la administración de los Estados Unidos del Brasil.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Lo que se encuentra en el camino (cuento), por Emilio de Rueda

En la margen derecha del camino polvoriento y árido, que el sol abrasaba con tórridos ardores é iluminaba con cegadora luz, se alzaba la venta. Era un caserón de pobre apariencia, cuyos muros resquebrajados no prometían grandes comodidades á los viajeros que se decidieran á trasponer el umbral de la apollillada puerta y á penetrar en su interior; pero llegaban todos tan cansados á aquella parte del camino, era tan dura la jornada desde el último punto de etapa hasta allí, eran tales el desaliento y la fatiga de los que allí conseguían llegar, que ni uno solo de ellos vacilaba en ampararse á la sombra de los resquebrajados muros del vetusto caserón.

Al encuentro del que en la venta entraba salía el ama de ella, una viejecilla de buen aspecto, en cuyo rostro, arrugado como la cáscara de una nuez, brillaban dos ojos llenos de fuego, iluminados por una luz tan viva que hacían pensar á cuantos los veían si aquellas arrugas que surcaban el rostro de la viejecilla serían los rastros de una larga serie de años ó las huellas de una serie más grande aún de dolores que hubieran dado el aspecto de una vieja centenaria á aquella mujer, quizás joven, y que, á juzgar por lo que de belleza le restaba, debía haber sido extraordinariamente hermosa.

La vieja hablaba con voz dulce y reposada á los recién llegados: á todos decía lo mismo: «¿Qué buscáis aquí?.. Si apetecéis placer y comodidad, regalo y descanso, podéis ir á buscarlos á otra parte; en mi casa no hay nada de eso: de todo he tenido; pero han sido tantos, ¡tantos!, los viajeros que aquí han llegado y de aquí han salido llevándose algo y prometiendo volver, que ahora, como ninguno de ellos ha vuelto, nada puedo ofrecer; nada puedo daros, puesto que nada me queda. Lo único que puedo hacer en vuestro obsequio, si es que, como presumo por el camino que lleváis, pretendéis llegar á la Gloria, es indicaros el camino recto para llegar allá, el único que allí conduce.»

Y cuando el viajero preguntaba cuál era el camino que debía seguir, la vieja, invariablemente, contestaba lo mismo: «Ahora cuando salgáis de la venta seguid derecho hasta un sitio en que el camino se parte en dos: hacia la derecha arranca una senda, estrecha y áspera, que se interna en una selva: ese es el camino que habéis de seguir si queréis llegar adonde os proponéis.»

Dicho esto, despedía al viajero, que de nuevo se hallaba en medio del camino polvoriento y árido, que el sol abrasaba con tórridos ardores é iluminaba con cegadora luz, y siguiendo el consejo de la vieja, continuaba marchando por él hasta llegar al punto en que el camino se partía en dos, en donde se detenía para tomar aliento antes de entrar en la senda áspera y estrecha que, de allí á poco trecho, se internaba en la selva enmarañada y sombría.

Y ocurría que, mientras tomaba aliento, salían á su encuentro dos mujeres jóvenes. La una obscurecía con su belleza altiva la insignificancia dulce y lánguida de la otra: la primera tenía en sus ojos un fulgor extraño: su vista infundía en el pecho del viajero no sé qué torpes deseos, y al oír su voz, insinuante y armoniosa, y al escuchar sus halagüeñas palabras, sentía una extraña turbación y una tentación irresistible de seguirla y no abandonarla nunca.

—¿Adónde caminas, viajero?, preguntaba la hermosa mujer.

—Voy en busca de la Gloria, contestaba el viajero.

—¿La Gloria!.. ¿Y en dónde está eso?

—No lo sé: me han dicho que al final de esta vereda que se interna en la selva.

—¿Quién te lo ha dicho? ¡Habrás sido esa maldita vieja de la venta que á tantos ha perdido!..

—Sí; ella ha sido. ¿Podéis vos indicarme el verdadero camino, hermosa señora?

—¿El camino de la Gloria? No lo sé; es más: es que no sé siquiera que eso exista; si lo deseas, podré decirte cuál es el camino del Bienestar... Pero escucha; ¿quién te ha dicho que existe la Gloria?

—Nadie: lo he soñado.

—¡Loco! ¿Y por ir en busca de algo que ignoras hasta si existe vas á exponerte á atravesar esa selva sombría, á perderte en sus intrincadas sendas, á des-

fácil: mi hermana puede guiarte: allí encontrarás cuanto apetezcas: tendrás placer y comodidad, regalo y descanso... Quizás has soñado eso, y equivocadamente has pensado después que soñaste con la Gloria...

Y si el viajero, seducido por las halagüeñas palabras de la hermosa, subyugado por el ardiente mirar de sus ojos, encantado por la armonía de su voz, desistía de su propósito de llegar á la Gloria, la otra hermana, la de la insignificancia dulce y lánguida, le cogía de la mano; conducido por ella, emprendía el camino hacia la izquierda, seguía por sendas, siempre tortuosas, pero cómodas, é iba á parar á la pradera del Bienestar.

A veces, el viajero, turbado un instante por los halagos de la bella, se reponía y reanudaba el camino por la senda áspera y estrecha que conducía a la selva y entra-

ba en ella resueltamente; pero eran tantos los espinos que obstruían el paso, eran tan punzantes los abrojos de que el camino estaba sembrado, que pronto, desalentado, volvía al encuentro de las dos mujeres, y con lágrimas en los ojos, goteando aún sangre de las heridas recibidas en la inhospitalaria selva, pedía á la hermosa que le perdonara por haber dudado de sus palabras, y la rogaba que le hiciera conducir á la pradera risueña y apacible donde le esperaba el descanso.

Mas una vez llegó á aquel punto en que el camino se partía un mozalbete en cuya limpia frente brillaba el valor, en cuyos bellos ojos ardía la esperanza.

—¿Adónde caminas, lindo joven?, preguntó la hermosa altiva.

—Voy á la Gloria.

—¿A la Gloria? ¿Tú sabes dónde está?

—Sí; del otro lado de esa selva.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿La vieja de la venta?

—Sí; pero antes que ella me lo dijera lo sabía yo: he visto en sueños la Gloria; en sueños he admirado su belleza incomparable, y he visto también la selva intrincada y sombría que hay que atravesar antes de llegar á sus divinas puertas; y conozco el camino espinoso y difícil que hay que recorrer para alcanzarlas.

Y cuando la halagüeña mujer le brindó con la pradera apacible y risueña, el irreducible mozalbete contestó:

—¡No he soñado con el Bienestar: he soñado con la Gloria: voy hacia ella!

Y empezó á caminar resueltamente por la vereda estrecha y áspera que á la selva conducía, y siguiendo por ella, llegó á la selva, en la que entró sin vacilar.

Punzadores espinos le flagelaban con sus flexibles ramas el delicado rostro; los abrojos le llagaban los pies; cubriánsese de sangre pies y rostro; pero el mancebo no se detenía: el valor continuaba brillando en su frente y la esperanza luciendo en sus ojos: siguió andando: el camino era largo y penoso; pero él pensaba en la Gloria, cuya incomparable belleza había admirado en sueños, y la esperanza de llegar hasta ella le dió valor para seguir caminando.

Al cabo llegó á un sitio en que el camino se cerraba: los espinos, que hasta allí habían bordeado el camino, entrecruzándose, le obstruían completamente: al parecer, de allí no se podía pasar.

Detúvose el mancebo: pensó con dolor si se habría equivocado; si tantas penas como había soportado y tantas heridas como había recibido para llegar hasta allí, habrían sido inútiles y sería su destino morir en aquella selva inhospitalaria y sombría, ignorado, perdido, solo. Pero si pasó por él la idea de la muerte, no llegó á pensar en volver atrás.

De pronto, sin que él se diera cuenta exacta del lugar de donde podría haber salido, vió delante de sí una mujer de deslumbradora belleza: en sus apagados ojos no había un solo destello de vida: debía ser ciega; pero su rostro todo irradiaba una suave luz que envolvió al joven é iluminó la selva.

—¿Adónde caminas?, le preguntó dulcemente.



garrarte las carnes en los espinos que la pueblan, a ensangrentarte los pies en los abrojos de que está sembrada?... ¡Oyeme!.. Muy cerca de aquí está la pradera del Bienestar: el camino hasta allí es cómodo y

un solo destello de vida: debía ser ciega; pero su rostro todo irradiaba una suave luz que envolvió al joven é iluminó la selva.

—Voy á la Gloria.
—Yo te acompañaré.
—¿Quién eres tú?



Aguador, dibujo original de José Jiménez Aranda

—Soy la Fe, habito en esta selva, que se llama Trabajo; conozco el camino de la Gloria: he ido hasta allí guiando á los pocos que, como tú, han tenido valor para llegar á este sitio en donde habitó.

Delante la mujer, detrás el mozo, continuaron el camino: hubo que atravesar por entre los espinos entrecruzados que no solamente flagelaron y ensangrentaron la cara del joven, sino que destrozaron sus manos y desgarraron sus carnes: ¿pero aquello qué importaba?... ¡Iba camino de la anhelada Gloria!

Guiado por la ciega Fe caminaba, cuando encontró á su paso un niño, que era, como la Fe, hermoso, como ella, ciego.

—¿Quién es este niño?, preguntó á su compañera, deteniéndose.

—Este es mi hijo: se llama Amor: él vendrá en nuestra compañía hasta que lleguemos á las puertas de la Gloria.

Emprendieron de nuevo el camino: delante iba el niño, detrás su madre y al lado de ésta el mozo. Amor, aunque ciego, con admirable instinto apartaba las ramas de los espinos antes de que hirieran el rostro del viajero.

El camino iba siendo menos áspero que al principio; pero ¡era tanto lo que había caminado, había derramado tanta sangre el pobre mozo, que á veces se sentía desfallecer: entonces se apoyaba en la ciega y continuaba caminando.

Y de este modo, sostenido por la Fe y guiado por el Amor, llegó á las puertas de la Gloria. Estaba ya tan cerca de alcanzar lo que anhelaba, que olvidó, con la alegría del triunfo, las penas pasadas, las heridas recibidas.

De pronto Amor y Fe se detuvieron.

—Aquí te dejamos, dijo ésta.

—Qué, ¿no entráis conmigo en la Gloria?

—No, dijo la ciega; nuestra misión es acompañar y guiar hasta sus puertas á los pocos que tienen valor para recorrer el difícil camino que á ella conduce: en la Gloria entrarás tú solo.

—Antes de abandonarme, dime, luminosa Fe: ¿cómo se llama la vieja de la venta, la que me aconsejó que siguiera el camino que aquí me ha conducido?

—Se llama Constancia.

—¿Y la hermosa mujer que pretendía que yo siguiera el que conduce á Bienestar?

—Se llama Ambición.

—¿Y su hermana?

—Cobardía, dijo la ciega.
Y desapareció con su hijo Amor.

Esto ocurrió hace mucho tiempo; tanto que es imposible decir cuándo ocurrió; pero lo mismo que entonces, ahora todo el que vea en sueños la Gloria y emprenda el camino que conduce á ella, ha de encontrar la venta destartada en donde habita la vieja Constancia, el sitio en que se parte el camino y donde le esperan, para aconsejarle, la altiva Ambición; para dirigirle, la insignificante Cobardía; y luego, siguiendo la senda estrecha y áspera, bordeada de espinos y sembrada de abrojos, que atraviesa la selva del Trabajo, la ciega Fe, que le guiará, acompañará y sostendrá, y su hijo Amor, que apartará con admirable instinto muchas ramas de espinos que podrían flagelarlo y ensangrentarle el rostro: ¡pero antes de llegar adonde la Fe sostiene y el Amor hace menos duro el camino, hay que andar mucho, y sufrir muchas penas, y recibir muchas heridas!..

(Dibujo de Camps.)

EL ECLIPSE

DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO
EN BURGOS

España ha sido de todas las naciones la más favorecida por el último eclipse; y de todas las poblaciones de España, Burgos la que más comisiones científicas nacionales y extranjeras ha atraído. A Burgos acudieron también á presenciar el fenómeno celeste la familia real, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Instrucción Pública y otros importantes personajes.

Las comisiones científicas eran diez, tres francesas, dos alemanas, dos holandesas, una belga, una inglesa y una española. Las francesas tenían la representación de los Observatorios de Burdeos, Meudón y Montpellier, y estaban dirigidas respectivamente por los Sres. Rayet, Deslaudres y Merlin; de las dos alemanas, una procedía de Berlín y otra de Potsdam, hallándose al frente de la primera el Sr. Archenholz y de la segunda los Sres. Ludeling y Nippold; las holandesas, de Utrecht y de Leyden, estaban presididas por los Sres. Julius y Welterdinkg; la belga, por el Sr. Damry; la inglesa, por el Sr. J. H. Gear, y la española, por el director del Observatorio de Madrid D. Francisco Iñiguez.

Cada una de estas comisiones ha estudiado el eclipse desde diferentes puntos de vista: la de Burdeos, la constitución física y química de las envolturas del sol y la forma de las protuberancias solares; la de Meudón, las diferencias y anomalías de intensidad de luz entre la corona solar y los alrededores del cielo; la de Montpellier, la luz y la constitución de la corona del sol, desde el punto de vista de la polarización; la de Berlín se dedicó á obtener grandes fotografías (50x60) del eclipse; la de Potsdam, á observar las influencias del eclipse en el magnetismo terrestre y en el atmosférico; las holandesas, á medir las radiaciones caloríficas de la corona solar; la belga, á sacar grandes dibujos de la corona solar; la inglesa efectuó trabajos de fotometría y espectroscopio.

La española se consagró á hacer observaciones espectroscópicas, fotográficas, radiográficas, magnéticas, meteorológicas é investigaciones de los planetas intramercuriales.

Además estuvieron en Burgos el padre Ech y el padre Baur, del Observatorio de Valkenburgo, y otros varios astrónomos rusos, italianos, mexicanos y norteamericanos.

Todas estas comisiones instalaron sus campamentos en el llamado Campo de la Lilaila ó de las Brujas, que ofrecía un aspecto sumamente pintoresco. Uno de los sabios astrónomos españoles que allí estuvieron, describe en los siguientes términos el cuadro extraño y animado que allí podía contemplarse en los días que precedieron al eclipse: «Las tiendas de campaña van poblando el reseco y pedregoso suelo. Enormes cajones se amontonan por todas partes. Carros y camiones que van y vienen; militares, astrónomos, carpinteros, albañiles, autoridades que cruzan en opuestas direcciones, que hablan diferentes idiomas, que parecen refidos unos con otros, que ostentan las más variadas indumentarias. Los holandeses visten de blanco riguroso; los alemanes protegen sus cabezas con rojas boinas; hay quien no se despoja del ajado barato guardapolvo... Y todo ello rodeado y defendido por parejas de soldados de caballería que patrullan alrededor, sin cesar, estableciendo un verdadero é inesperado hipódromo...»

Si interesantes han sido los trabajos realizados por las citadas comisiones, no lo fueron menos los que efectuó la del Parque Aerostático de Guadalajara, compuesta de varios distinguidos oficiales del cuerpo de Ingenieros militares y dirigida por el ilustrado teniente coronel D. Pedro Vives, jefe del referido Parque. Instalóse esta comisión en la Huerta de San Juan, y sus trabajos han consistido en observaciones directas á grandes alturas, más de 4.000 metros, hechas en los globos *Júpiter*, *Urano* y *Marte*, que tripulaban los Sres. Vives, Berson y Romeo, Kindelán y Arcimis, y Herrera y Fernández Duro respectivamente; y en observaciones indirectas por medio de globos sondas, algunos de los cuales alcanzaron alturas de 10.000 y 15.000 metros.

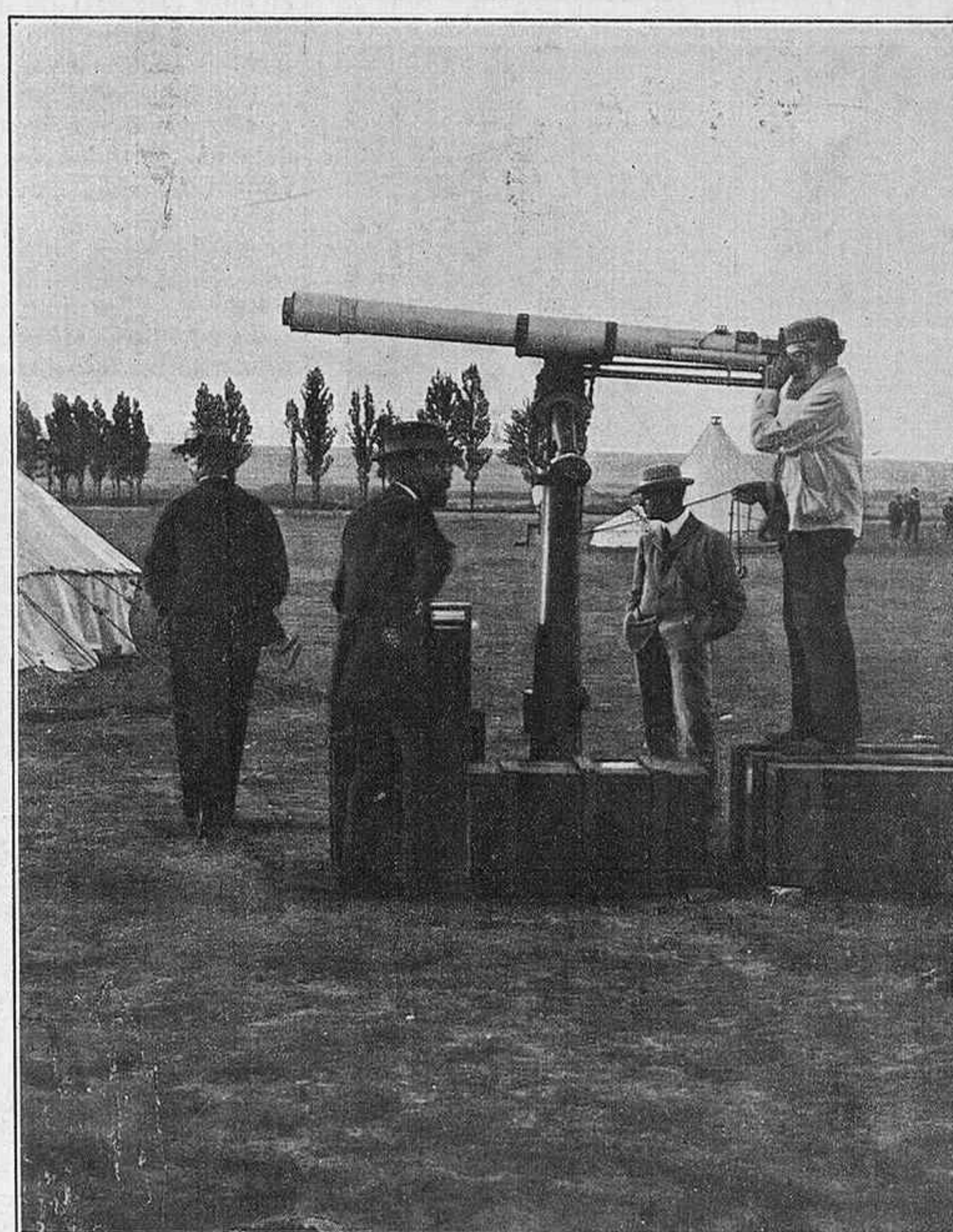
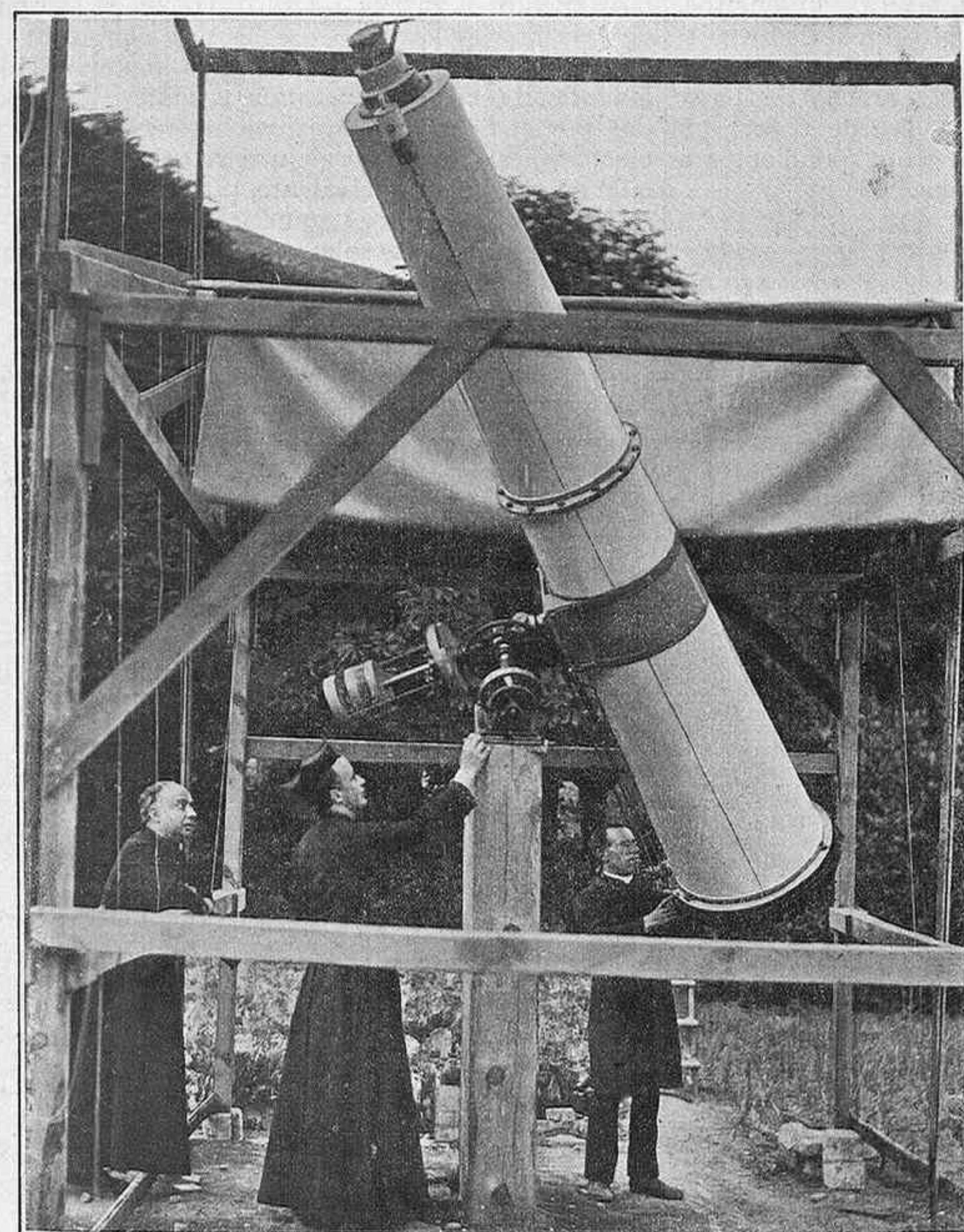
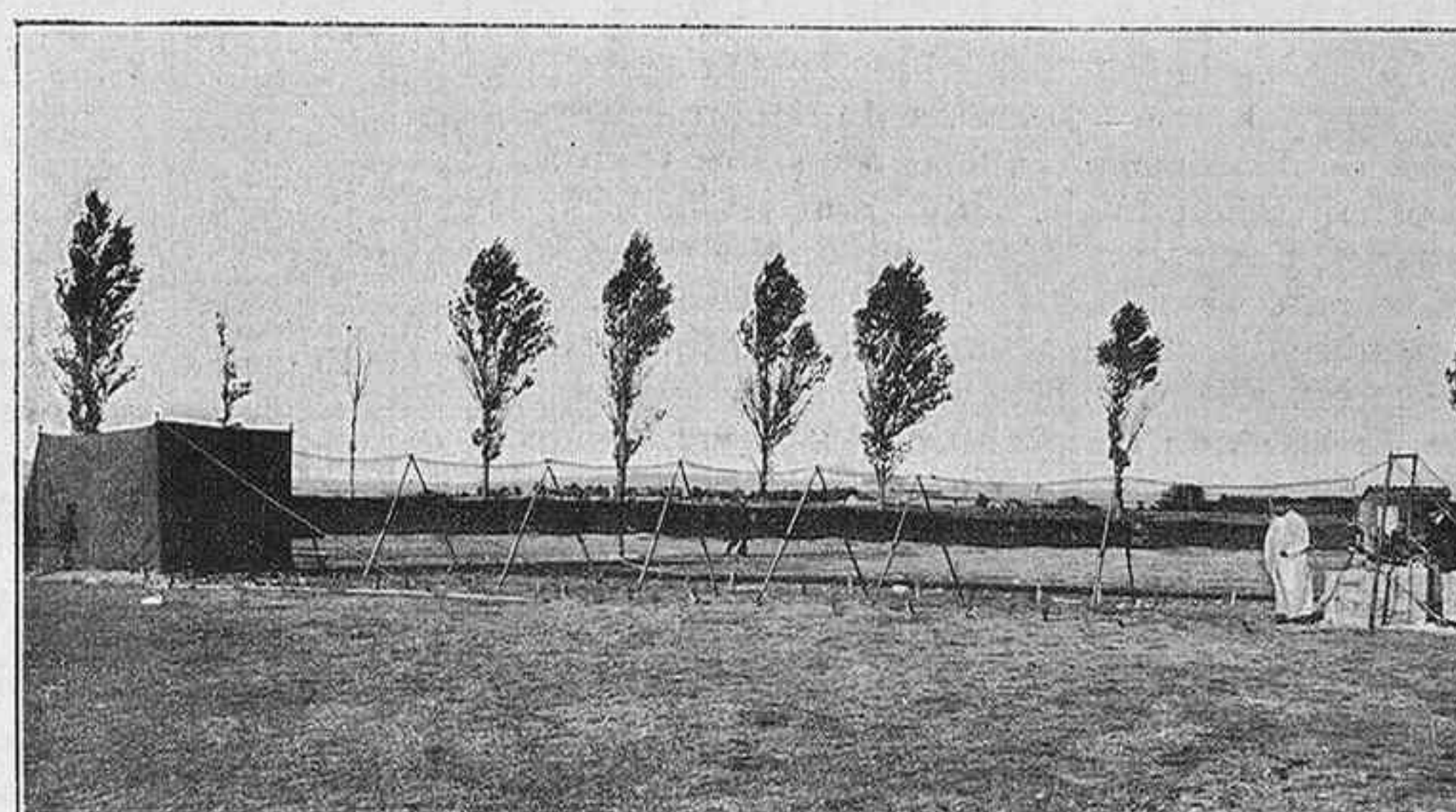
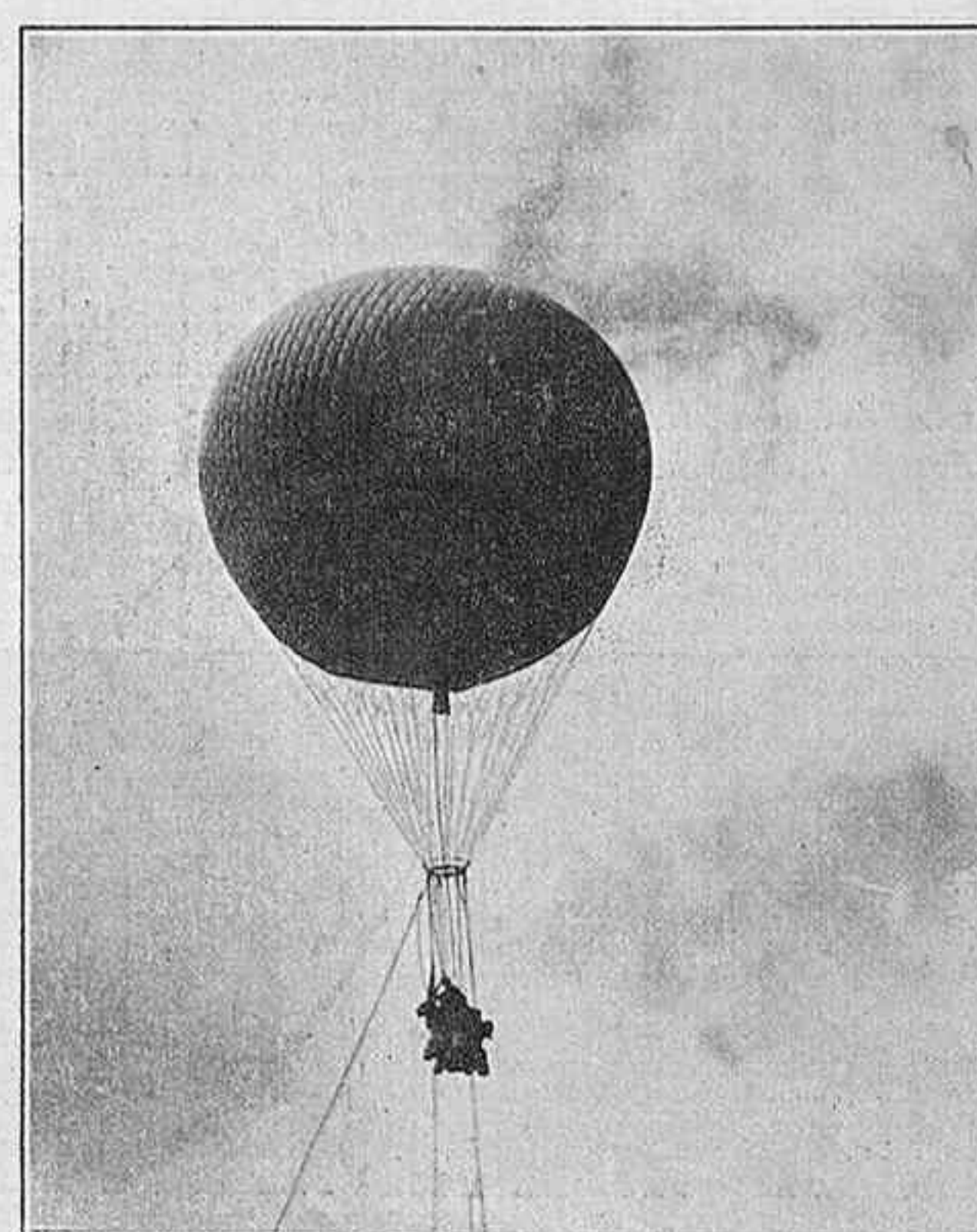
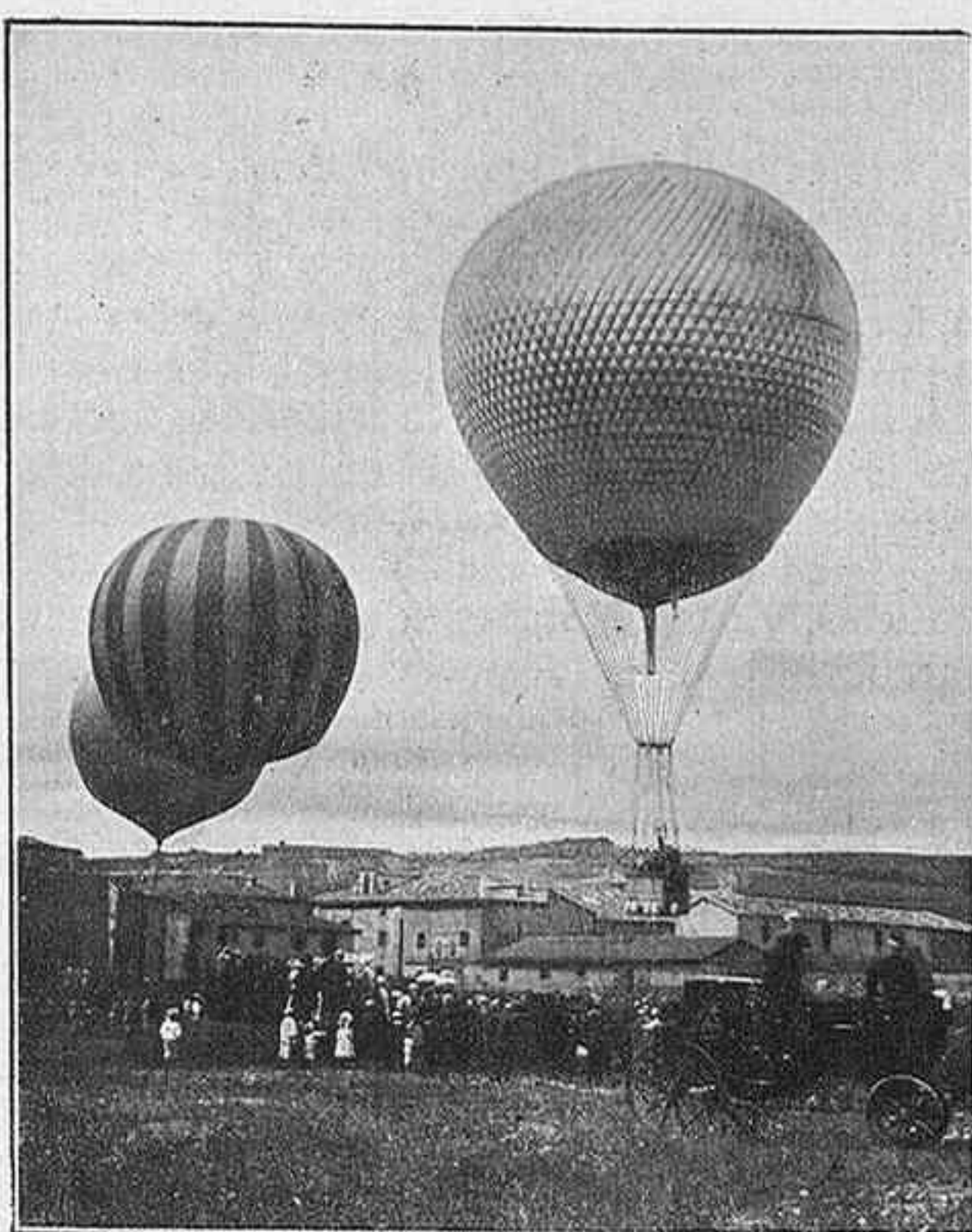
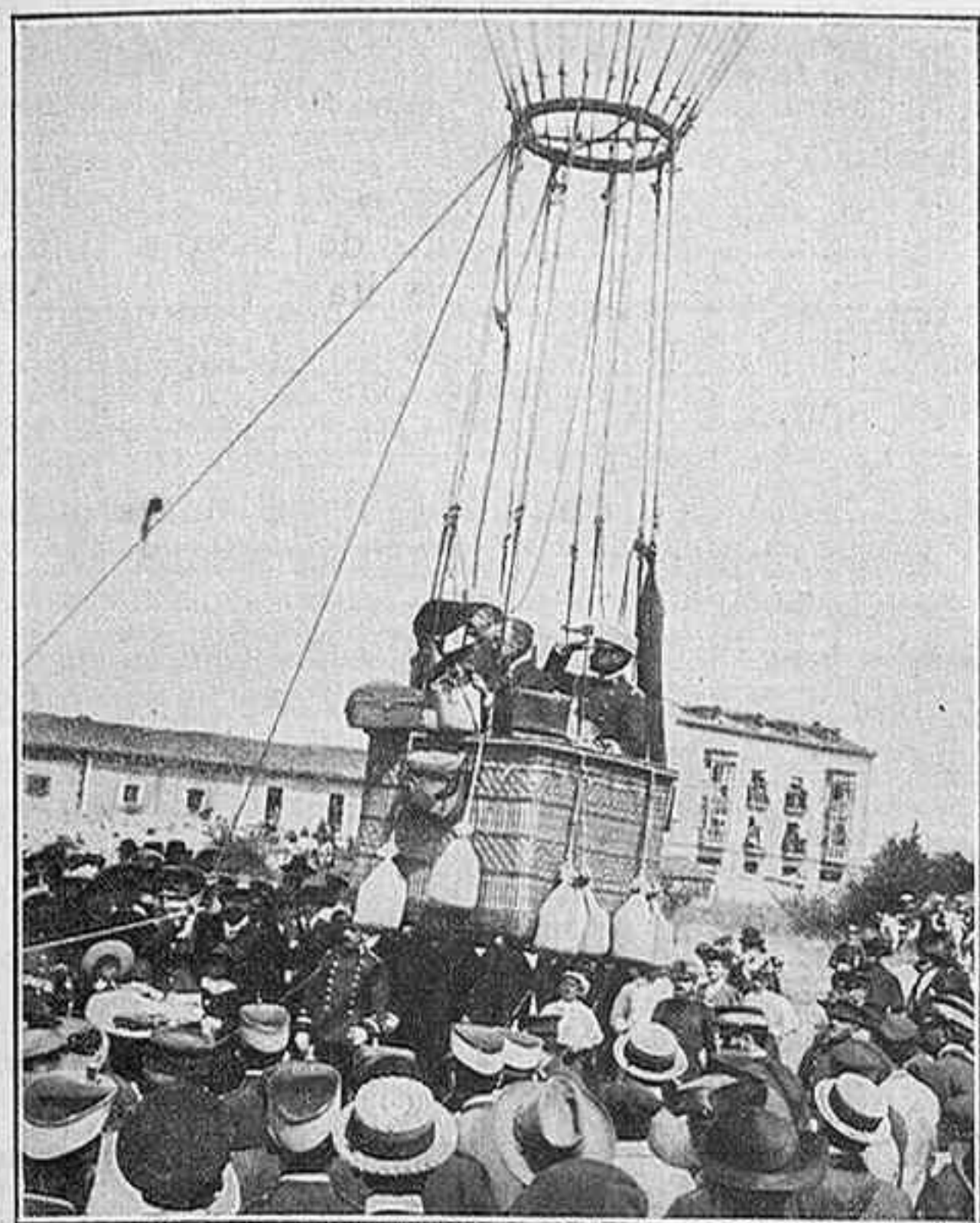
La ascensión de los globos fué indudablemente uno de los espectáculos que mayor impresión produjeron. A las doce y quince ascendió el *Júpiter*; cinco minutos después, el *Urano*, y á las doce y veinticinco el *Marte*; al iniciarse el eclipse total los globos se perdieron de vista, confundidos con las nubes.

Pocas horas después descendieron sin novedad



Un lechuguino, dibujo original de José Jiménez Aranda

los aeronautas, después de haber hecho importantes observaciones.—X.



BURGOS. — EL ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO. — El globo *Júpiter* disponiéndose á la ascensión. — El globo *Júpiter* en el momento de la ascensión. — El globo *Urano* en los aires. — Tiendas de campaña y aparatos de los astrónomos belgas. — Instalación de los astrónomos holandeses: aparato fotográfico para obtener fotografías de gran tamaño del eclipse. — Observatorio instalado en la Huerta de los Jesuítas. — Astrónomos holandeses. (De fotografía de Alfonso Vádllo.)

EL ECLIPSE DE SOL DEL 30 DE AGOSTO DE 1905

El tiempo, en general, ha favorecido poco la observación de este importantísimo fenómeno celeste. Lo observé en Vinaroz, comisionado por la Real Academia de Ciencias de Barcelona, en compañía de queridos amigos míos, y podemos felicitarnos de haber perdido nada más que un minuto de tiempo



Fig. 1. - Protuberancias solares (1905). - (J. Comas Solá.)

de los 216 segundos de totalidad de que disponíamos en dicho punto.

El objetivo principal de la observación de un eclipse total de Sol es la resolución de importantes problemas de física solar, referentes sobre todo á la cromósfera y la corona, y que son imposibles de abordar en tiempo normal. Por lo que se refiere á la cromósfera, ó sea á la capa de gases incandescentes que recubre directamente la fotosfera, disminuyó en parte su interés en los eclipses desde la memorable fecha de 1868, en que Janssen y Lockyer dieron á conocer su procedimiento espectroscópico para la observación cotidiana de la cromósfera y de las protuberancias ó llamas que se levantan de la misma.

Es por este procedimiento que observó sistemáticamente tan espléndidas apariciones. El grabado número 1 constituye un ejemplo, entre los numerosísimos que podría presentar, de magníficas llamas solares observadas en 1905. Distinguese, á la izquierda, una llama arborescente pálida, restos hidrogenados de una violenta erupción. A su derecha aparecía, en cambio, una protuberancia metálica eruptiva de bri-

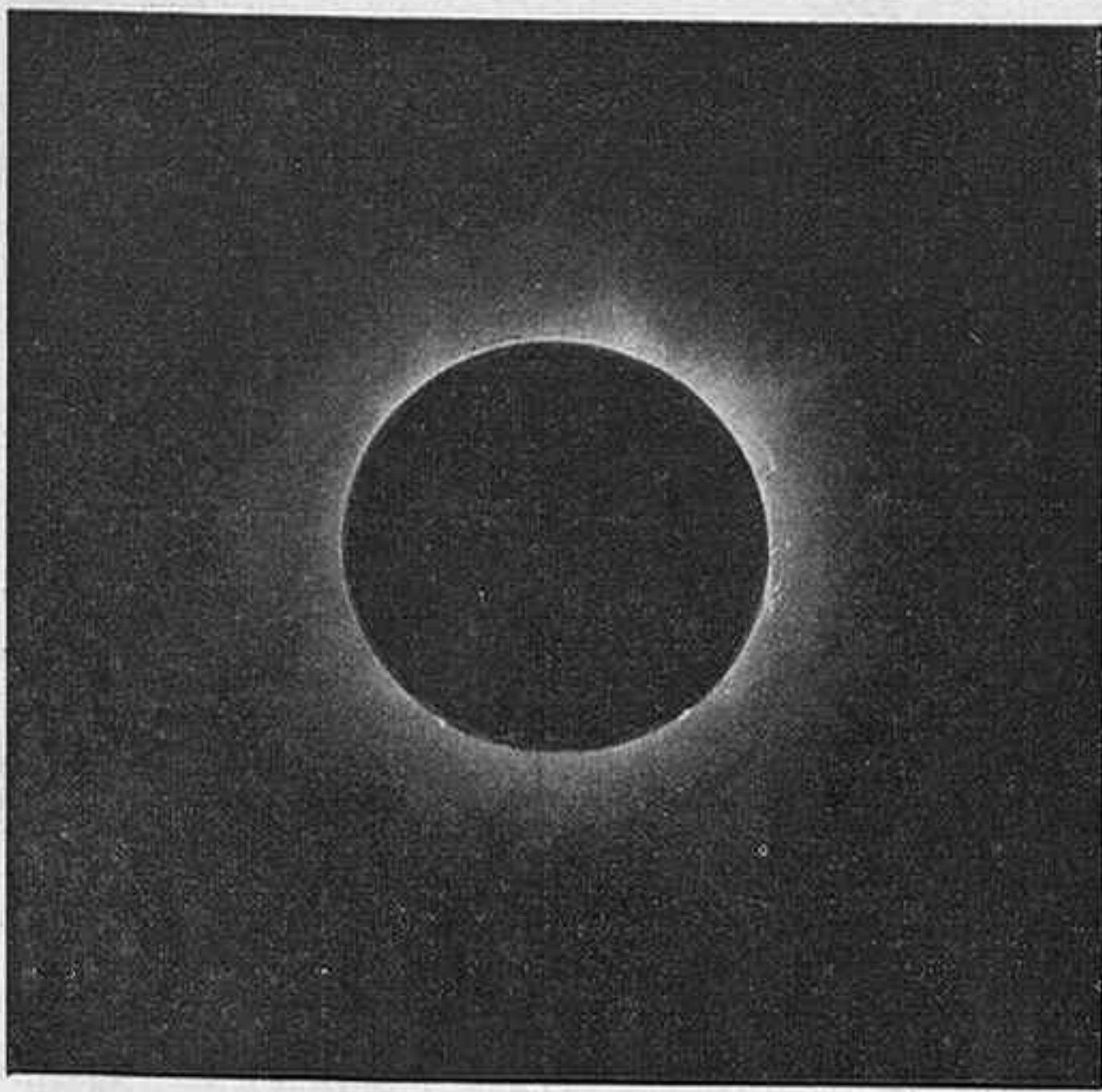


Fig. 2. - Corona solar de 1900. - (J. Comas Solá.)

llo extraordinario y de unos 30.000 kilómetros de altitud.

Por el procedimiento espectroscópico vense estas protuberancias cromosféricas, sobre todo por la inversión que producen de la gran raya C del espectro de absorción solar, raya que se halla situada en la región roja.

En cambio, en los eclipses totales las podemos ver ó fotografiar directamente, es decir, las podemos registrar con todas sus radiaciones, que son sumamente complejas.

De ahí la importancia de observar las protuberancias con el mayor cuidado durante los escasos momentos de la totalidad.

Los eclipses se hacen indispensables para la observación de la corona, hasta ahora invisible en tiempo ordinario, por más tentativas que con este fin se han llevado á cabo.

La forma y extensión de la corona están íntimamente relacionadas con el estado de la actividad periódica solar. Es sabido que el Sol ofrece fluctuaciones de energía que se repiten en períodos de poco más de 11 años. Estas variaciones se manifiestan principalmente en el número de manchas y de protuberancias, y además influyen profundamente en la corona, hecho que demuestra la existencia de una íntima relación entre esta inmensa nebulosidad luminosa que envuelve al Sol y los fenómenos que ocurren en la fotosfera y cromósfera del mismo, ó en último resultado, el desarrollo de energías que dimanen del interior del astro central.

He aquí, como ejemplo, la fotografía de la corona que obtuve cuando el eclipse de 1900 (grabado número 2). Es relativamente poco extensa, presenta dos plumeros de filetes cuyo eje de simetría coincide con el eje solar, y dos grandes expansiones laterales, algo convergentes hacia el ecuador, que brotan principalmente de latitudes heliográficas medias. Esta corona corresponde al tipo de mínima actividad solar.

Las protuberancias fueron entonces pequeñísimas, no lograron apenas marcar su imagen en las fotografías directas de la corona y no fueron visibles directamente como prominencias rosadas.

Véase, en cambio, esta otra figura que reproduce un clisé obtenido por Deslandres, durante la totalidad del eclipse de 1893, y que coincidió con una época de gran actividad (grabado número 4).

Aun cuando la fotografía es de poca exposición y la corona, por consiguiente, no resulta extensa, distinguese multitud de protuberancias alrededor del borde de la Luna. Véase, en fin, la reproducción de una de mis fotografías obtenidas en este último eclipse de 1905, que corresponde también á un máximo periódico de energía (grabado número 3). A más de una multitud de protuberancias brillantísimas que fotográficamente parecen *comer* algo el disco lunar, haciéndole perder su forma circular, percíbese una inusitada extensión coronal que alcanza distancias verdaderamente prodigiosas, pues algunos de sus filamentos llegan á tener una longitud (medida sobre el clisé original) de *cuatro millones* de kilómetros. ¡Júzguese cuál debe ser la longitud real de los mismos!

Por lo demás, su forma dista mucho de tener la simetría que ofreció en el eclipse de 1900, y en general, en todos los eclipses correspondientes á épocas de mínima actividad solar.

El estudio detallado de mis fotografías de la corona y de las espectrografías que obtuve de la cro-

mósfera y de las protuberancias nos conducen á resultados de gran interés, pero que es imposible desarrollar aquí.

Sólo me permitiré fijar la atención de mis lectores en la forma rectilínea de gran número de filetes coronales, entre ellos precisamente los más extensos.

Desde luego, dichos filetes nos demuestran la existencia de una fuerza repulsiva por parte del Sol, fuerza que repele una substancia que necesariamente tiene que ser sumamente enrarecida, y que hace recordar por muchos conceptos las colas de los cometas.

Partiendo del principio muy plausible de que á poca mayor altura de la cromósfera la densidad de la atmósfera solar es sensiblemente nula (varios

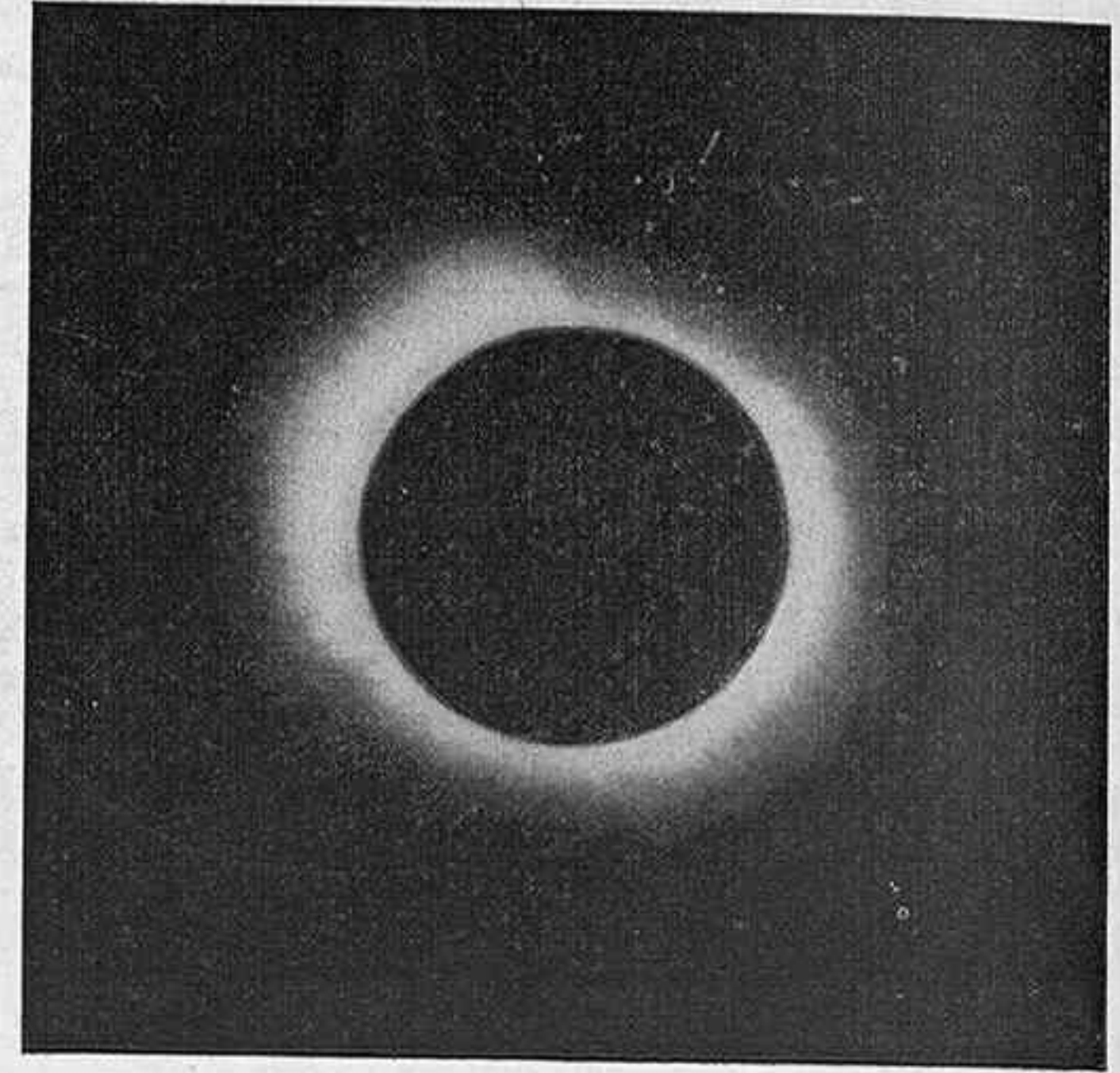


Fig. 4. - Corona solar de 1893. - (Deslandres.)

cometas, entre ellos el de 1882, pasaron rozando casi el globo solar y no sufrieron en su vertiginoso movimiento el menor retardo), la forma rectilínea de los grandes filetes coronales nos demuestra indiscutiblemente que las partículas materiales que los forman (caso de ser partículas materiales repelidas por el Sol y no un efluvo etéreo de carácter eléctrico) están dotadas de una velocidad de traslación en el espacio equivalente, por lo menos, á más de 100 kilómetros por segundo.

He aquí una parte solamente de las grandes enseñanzas que se pueden sacar durante los pocos segundos que dura la totalidad de un eclipse de Sol.

JOSÉ COMAS SOLÁ.

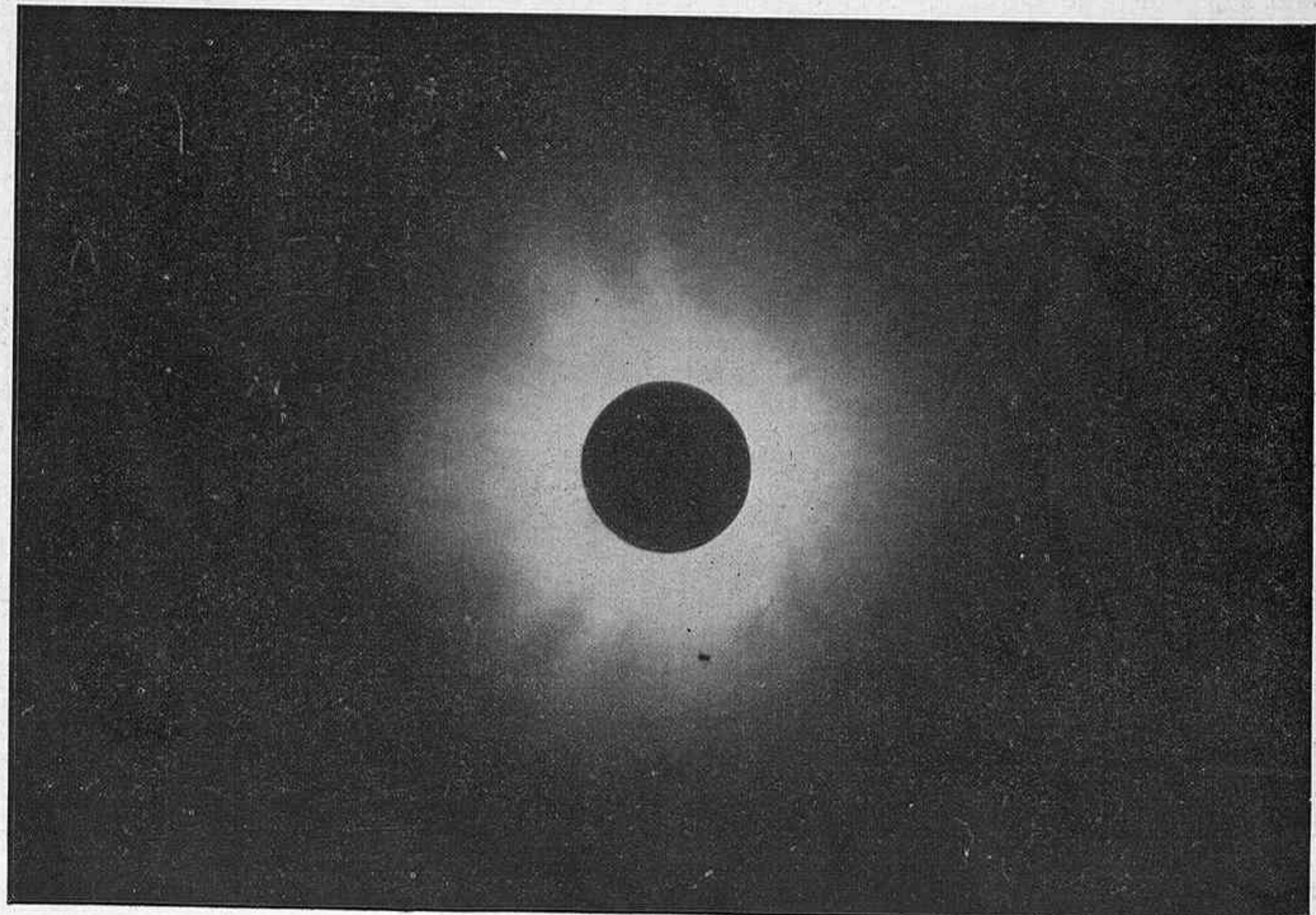


Fig. 3. - Corona solar de 1905. - (J. Comas Solá.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. — CHARANGA RUSA EN EL CUARTEL GENERAL DE LINEVITCH. (De fotografía.)

LA PAZ RUSO-JAPONESA

Las aclamaciones con que fueron saludados los plenipotenciarios rusos y japoneses á su salida del Arsenal de Portsmouth, después de firmado el tratado, sintetizaban la satisfacción con que el mundo entero ha visto la conclusión de la guerra del Extremo Oriente y constituían un homenaje al que tanto ha trabajado en favor de la paz, al presidente Roosevelt, iniciador de la conferencia y á cuyo exquisito tacto y asidua intervención se debe en gran parte el feliz resultado de las negociaciones. Gracias á él, gracias á sus excitaciones directamente hechas al Tsar y al Mikado, se consiguió que á los temperamentos de intransigencia de los primeros días sucediera un espíritu de conciliación que permitió, cuando menos se esperaba, llegar á un acuerdo honroso para ambos beligerantes.

Expresión de estos sentimientos han sido los telegramas que antes de partir para Nueva York dirigieron á Roosevelt el barón Komura y los Sres. Witte y Rosen, dándole cuenta de la firma del tratado. Decía el del primero: «La humanidad os debe una deuda eterna de gratitud por la convocación y buen éxito de la conferencia de la paz. Añado á ella mi agradecimiento propio y mi aprecio sincero.» El de los segundos estaba concebido en los siguientes términos: «No nos toca á nosotros daros las gracias por lo que habéis hecho en pro de la paz, puesto que nuestro augusto soberano ha expresado, como convenia, su alto aprecio por vuestro esfuerzo noble y generoso. Solamente podemos declarar al presidente y al pueblo americano el profundo sentimiento personal de gratitud que nos ha hecho experimentar el recibimiento tan cordial con que nos habéis honrado y que nos ha dispensado el pueblo americano.»

En Rusia, la paz ha sido acogida con satisfacción general, á pesar de la oposición que á ella había hecho el partido militarista; y dos días después de firmada, celebróse en Peterhof una solemne función religiosa en acción de gracias por la terminación de la guerra.

En el Japón, por el contrario, el tratado de Portsmouth ha sido objeto de grandes censuras y ha dado lugar á sangrientos motines en la capital. La mayoría de los periódicos han calificado de ignominiosa la paz, y únicamente uno de ellos, el *Kokumin*, órgano del gobierno, aprueba las condiciones de la misma diciendo que el objeto de la guerra no era lograr una ganancia pecuniaria. «Rusia, añade, ha sido despojada de su supremacía en la Mandchuria y rechazada suficientemente hacia el Norte; y nos

otros hemos conseguido el reconocimiento de nuestra preponderancia en Corea, que es más de lo que constituía el objetivo de la guerra.» Este es el verdadero lenguaje de la razón y de la prudencia; pero las masas populares, en el Japón como en todas partes, no se convencen con razones y prefieren dejarse seducir por unos cuantos patrioterros que para fines bastardos explotan su ignorancia y excitan sus pasiones. Y las masas populares japonesas, movidas por unos cuantos agitadores y quizás también por el partido militarista exaltado, que allí como en Rusia quería ó una paz imposible ó la continuación de la guerra á todo trance, no admiten que el Japón, después de las brillantes victorias alcanzadas por mar y por tierra, renuncie á la indemnización y tenga que devolver á Rusia la mitad de la isla Sakhalin, cuya propiedad por entero juzgaban ya suya. Al pensar así, no comprenden las ventajas inmensas que á su país ha reportado la paz, aun concertada en las condiciones en que lo ha sido, pues aparte de los beneficios materiales en ella conseguidos y de los territorios no despreciables ni mucho menos que directa ó indirectamente hace suyos por virtud de la misma, el Japón se ha ganado la consideración de potencia de primer orden y la alianza de Inglaterra, y ha logrado que en lo sucesivo haya que contar con él en primer término para todos cuantos problemas se planteen en el Extremo Oriente. Tampoco tienen en consideración que, de continuar la guerra, la fortuna podía volverles la espalda (y no sería la primera vez que esto sucediese), tanto más cuanto que, según todas las noticias, los recursos del Japón se estaban agotando, al paso que Rusia no había hecho más que empezar, por decirlo así, á consumir los inmensos de que dispone.

El pueblo de Tokio no ha comprendido nada de esto, y apenas supo que la paz se había firmado sin indemnización y con la adquisición de sólo una mitad de la isla Sakhalin, organizó una gran manifestación y un *meeting* de protesta en el parque de Hibiya. Quiso la policía impedir la celebración del *meeting*, pero éste se efectuó á pesar de todo y en él se aprobaron resoluciones violentas, declarando que la nación había sido humillada y censurando las condiciones de la paz.

Desde aquel momento comenzaron los desórdenes que durante varios días han causado gran alarma en la capital japonesa. Después del *meeting*, grupos sediciosos recorrieron las calles, siendo la policía impotente para dominarlos, y atacaron la redacción del *Kokumin* é incendiaron la residencia del ministro del Interior. Fuerzas de la policía y de bomberos

acudieron á atajar el incendio, pero fueron agredidos por el populacho, sobre el cual cargaron aquellos diferentes veces. De las muchas colisiones que se produjeron resultaron varios muertos y numerosos heridos, habiendo además la policía realizado gran número de detenciones. Los amotinados incendiaron tres iglesias, entre ellas la católica, una escuela metodista, varias casas y algunos tranvías, en vista de lo cual el gobierno proclamó el estado de sitio y suspendió la publicación de varios periódicos, con lo que terminaron los disturbios.

A todo esto, el gobierno no había hecho públicas las condiciones de la paz, que la gente sólo conocía por referencias; y á esta circunstancia atribuían muchos la indignación popular. Un importante periódico de Tokio, el *Asahi*, decía que la obstinación del gobierno era causa de los ataques contra las iglesias cristianas. «Si nuestros gobernantes, añadía, hubiesen escuchado la voz del pueblo, éste no se habría sentido ultrajado, como ahora, por su terquedad ciega; se habría evitado á esta capital la vergüenza y la humillación de una sublevación del populacho que ha determinado la destrucción de las propiedades y de las misiones, y no se habrían herido los sentimientos de los extranjeros.»

El día 7, el conde Katsura, presidente del Consejo de Ministros, celebró una entrevista con varios miembros importantes de las dos Cámaras de la Dieta y les dió cuenta detallada de las negociaciones seguidas para concertar la paz y de las condiciones en que ésta había sido firmada, explicándoles que el Japón no había renunciado, como se había dicho, al derecho de fortificar el estrecho de La Perouse; que el Japón obtiene una preponderancia absoluta en Corea con libertad completa en lo concerniente á la administración de la península; que el trozo del ferrocarril mandchuriano es cedido al Japón con el derecho de conservar allí guarniciones militares; y que el Japón obtiene derechos sobre las minas de carbón de Fu-Chun y de Yen-Tai, aun después de la evacuación de la Mandchuria.

Estas declaraciones y la promesa de convocar la Dieta en octubre han aquietado algo los ánimos; y las condiciones de la paz, mejor conocidas después que el gobierno las ha hecho públicas, son menos acerbamente criticadas. De todos modos, no reinan en el Imperio la tranquilidad ni la satisfacción que suele sentir un pueblo después de la terminación de una guerra en la que sólo ha obtenido victorias.

Los generales Oyama y Linevitch han nombrado plenipotenciarios para resolver las cuestiones relativas al armisticio. — R.



SUSURROS DE AMOR, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE L. G. WILTON, grabado por Bong. (Copyright by Landecker & Brown, London, E. C.)

UN RETRATO DEL PAPA PÍO X

Los personajes que ocupan elevadas posiciones, si gozan de grandes ventajas, están también sujetos á grandes molestias, y una de ellas es sin duda alguna la de dejarse retratar, no, como muchos creen, por vanidad, sino para atender á compromisos ineludibles, ora solicitados por artistas famosos, ora á requerimiento de corporaciones que desean poseer sus veras efigies.

No ha podido substraerse á esta exigencia el actual papa, á quien está retratando al presente el notable pintor Van Velic; pero Pío X, que, á lo que se ve, no gusta de perder el tiempo en cosas para él de tan escasa importancia, ha encontrado modo de *posar* y de trabajar á la vez. Y así le vemos en la adjunta fotografía sentado delante de su mesa de despacho, escribiendo y de fijo con el pensamiento muy lejos, mientras el artista va trazando en la tela su imagen, que nada perderá con ello, pues los mejores retratos son aquellos en los cuales el retratado se nos muestra tal como es en la vida ordinaria, sin artificio y en la actitud más natural.



EL PINTOR VAN VELIC, RETRATANDO Á S. S. EL PAPA PÍO X. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

tripulación, dan un total de 4.000 habitantes para esa ciudad flotante.

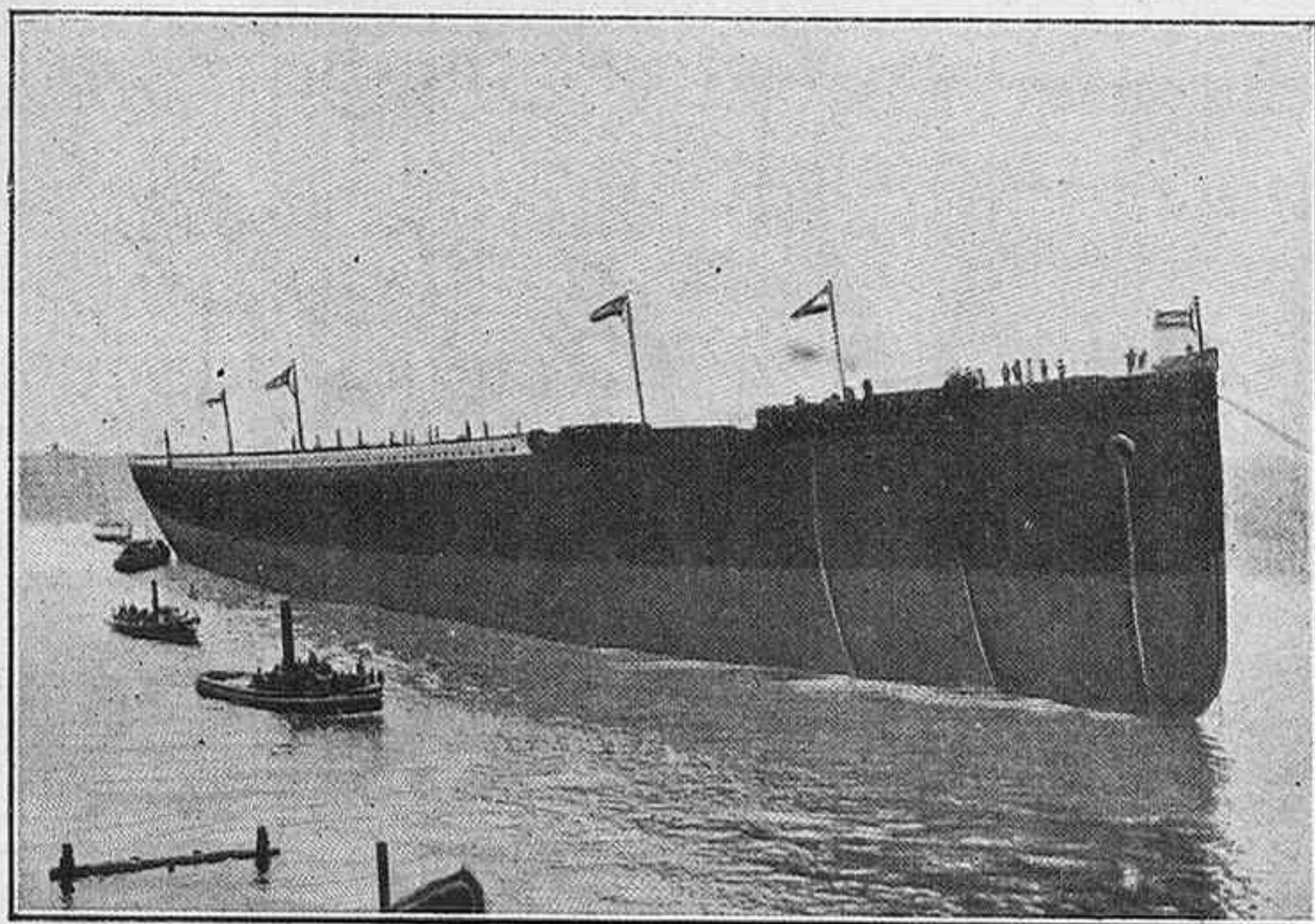
Casi es superfluo añadir que en el arreglo interior del buque se ha desplegado un gran lujo: hay á bordo habitaciones completas con sala de baños, dos restaurantes, en los que tocan, durante las comidas, una orquesta alemana y otra de tsiganos; una sala de gimnasia, baños de luz eléctrica, y hasta un puesto de flores frescas. El servicio sanitario está admirablemente organizado y la enfermería corre á cargo de Hermanas de la Caridad. Hay teléfono en todas partes y varios ascensores para servir los diferentes pisos. En una palabra, el *Kaiserin Augusta Victoria* reúne todas cuantas comodidades puede desear el viajero más exigente y mejor acostumbrado.

EL TRANSATLÁNTICO

«KAISERIN AUGUSTA VICTORIA»

El día 29 de agosto último fué botado al agua en los astilleros del Vulcano de Stettin, y en presencia de los emperadores de Alemania, el transatlántico *Kaiserin Augusta Victoria* (Emperatriz Augusta Victoria), que será el buque más largo que surcará los mares.

Tiene 213 metros de largo, por 39 de ancho y 16'50 de profundidad, desplaza 45.000 toneladas y tiene de cabida 25.000. Sus máquinas desarrollan 17.200 caballos de fuerza y le imprimirán una velocidad de 18 millas por hora, permitiendo hacer en siete días y medio la travesía de Cherburgo á Nueva York.



El transatlántico alemán recientemente lanzado al agua en los astilleros del Vulcano, en Stettin, en presencia del emperador Guillermo II y de la emperatriz Augusta Victoria. Es el buque más largo del mundo. (De fotografía.)

Hay otros buques más rápidos que éste; pero la compañía Hamburgo-América, á la que pertenece el *Kaiserin Augusta Victoria*, ha querido hacer de este nuevo transatlántico en primer término un barco confortable y de grandes productos.

El *Kaiserin Augusta Victoria* podrá tomar 16.000

descansa, no sobre escombros, sino sobre tierra firme, y data, según parece, de setecientos años antes de Jesucristo.

Ha descubierto también numerosos restos de esculturas, de ornamentos y de ofrendas, muy diferentes de los que había encontrado Mr. Wood. Estos

procedían seguramente, los unos del templo heleno reconstruido después del sacrilegio de Erostrato, y los otros del templo edificado por Creso. Los descubiertos por Mr. Hogarth pertenecen evidentemente á una época y á un estilo mucho más antiguos y son ejemplares en extremo delicados del arte jónico arcaico; en ellos se reconoce, por muchos detalles, la influencia de modelos egipcios, pero el carácter del trabajo es esencialmente griego.

Si existió en Efezo, como muchos han supuesto, un culto pregregio, lidio ó hitita de la diosa Artemisa, será preciso buscar las huellas del mismo en otra parte de la ciudad antigua, probablemente hacia las colinas del Sur de la planicie, en donde estaba el lugar santo de Ortigia.

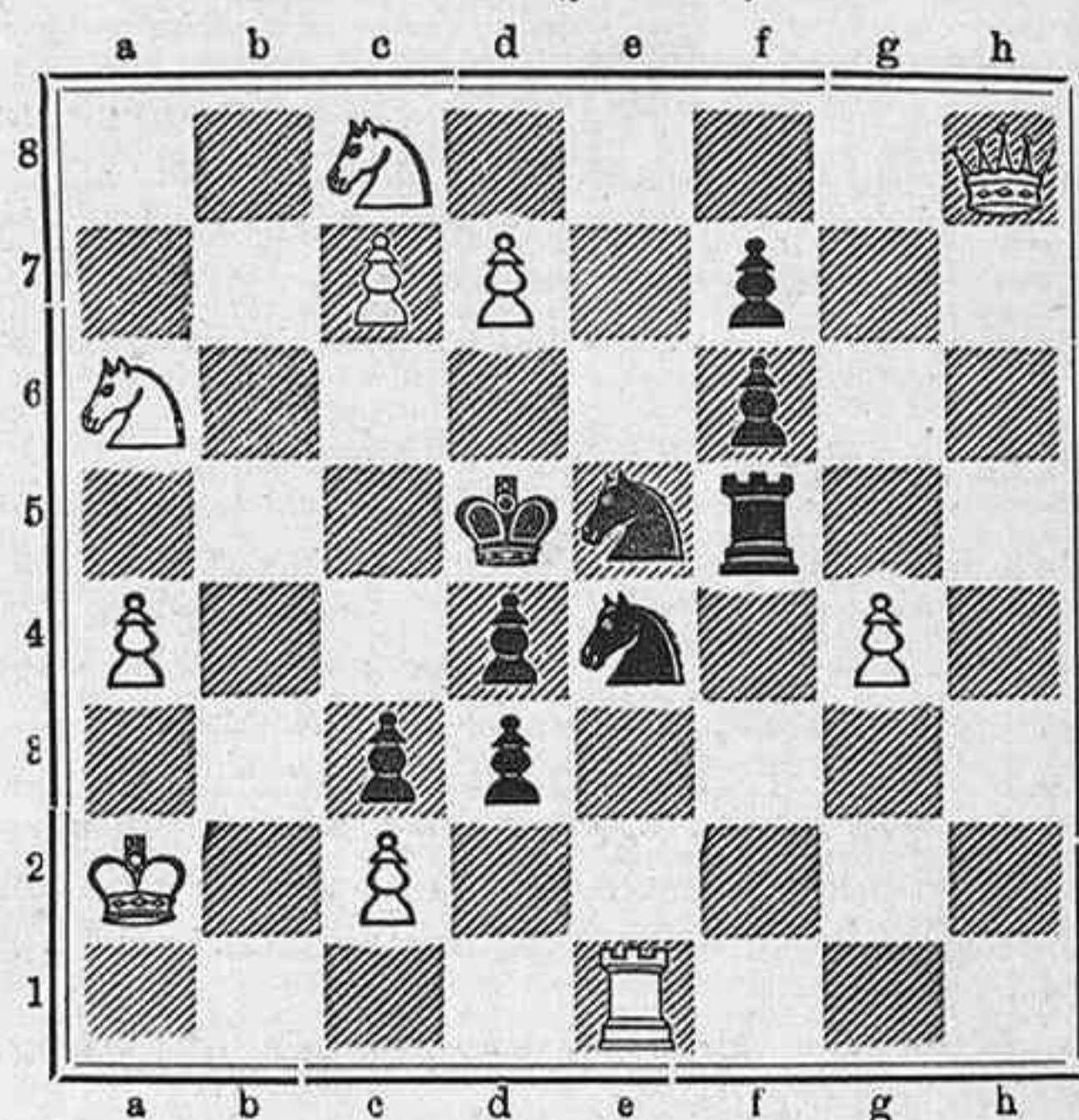
Los trabajos comenzados en octubre de 1904, interrumpidos de diciembre á marzo de 1905 y terminados en junio último, han sido sumamente difíciles á causa

de las muchas corrientes de agua que á cada momento inundaban los sitios en que aquéllos se realizaban. De ellos no se desprende ninguna enseñanza nueva sobre el templo heleno ni sobre las épocas estudiadas por Mr. Wood; pero, en cambio, han proporcionado una multitud de datos útiles sobre el período precedente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 398, POR K. KONDELIK.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

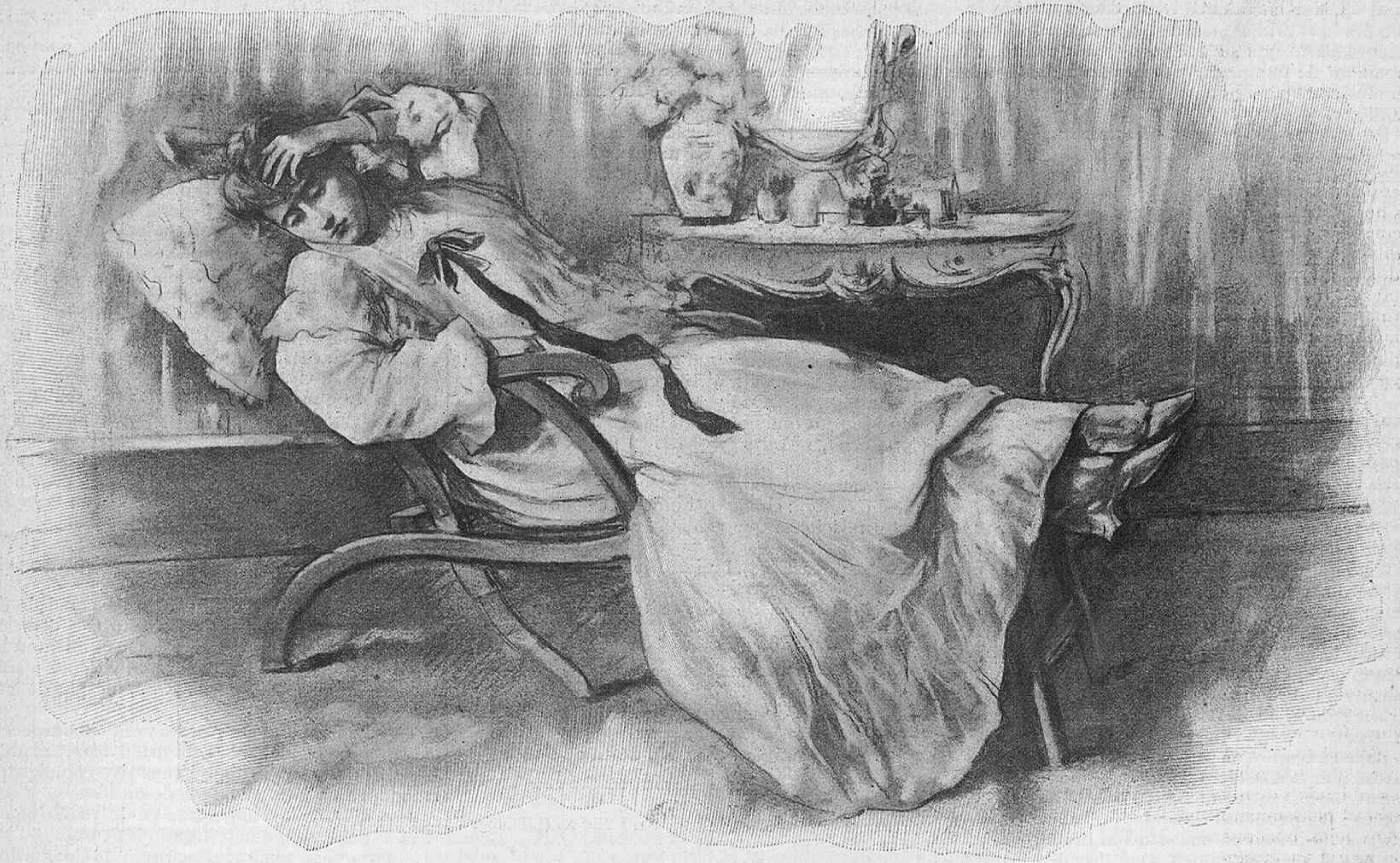
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 397, POR S. LOYD.

Blancas.	Negras.
1. Dc4-f1	1. Aa1-b2 ó h7 juega
2. Df1-b1	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTES.

1..... Aa1-c3 ó d4;	2. Df1-d3, etc.
1..... Aa1-e5 ó f6;	2. Df1-f5, etc.
1..... g4-g3;	2. Cf8-g6 jaque, etc.
1..... g7 juega;	2. Df1xa1 mate.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, D'italiens, Paris.

Y sola en su tocador, tendida en la *chaise longue*...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Yo me encargo de ello.

Ante esta afirmación Mauricio puso una cara tan especial, que Folentin se revolvió furioso.

—¿Te figuras que no tendré autoridad bastante?

—La verdad, chico, no lo creo.

—Eso es lo que veremos. Por de pronto voy á ver á tu hermana.

—Mejor harías quedándote quieto...

—Eso es demasiado. ¿Es así como se me juzga? Pues bien, ahora aprenderéis á conocerme.

—Folentin, que vas á hacer una tontería.

—Me parece, Mauricio, que inviertes los papeles. Hasta hoy, cuanto entre nosotros se hablaba de tonterías, yo era quien tenía que dar lecciones.

—No pretendo darte ninguna lección; demasiado sé que no puedo darte; me limito á darte un consejo: deja tranquila á Rosa por ahora. Acabo de verla y está intratable.

—Muy bien. No te preocupes por mí; yo me encargo de tranquilizarla.

Estrechó la mano á su cuñado y salió. Una vez en su casa se dirigió á las habitaciones de su mujer, en donde le sorprendió ver que la doncella le impedía la entrada: la señora tenía jaqueca y se había acostado y había prohibido que nadie entrase.

Folentin tascó el freno, se retiró á sus habitaciones y luego marchóse á ver á su suegro, el cual acogió á su yerno con un gruñido, que muy difícilmente podía tomarse por saludo; y como el barón quisiera informarse de las causas de su preocupación, le dijo:

—Es tu mujer, querido, tu mujer, que es una extravagante, y cree que soy indulgente calificándola de este modo.

—¿Mi mujer?, exclamó Folentin.

—Mi hija, si así lo prefieres. No pongo amor propio en la cuestión, y lo mismo con un nombre que con otro, la encuentro insoportable.

—Pero ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? Está en camino de hacer que

se maten dos hombres, de los cuales uno me es muy simpático; el otro, el otro es un ciudadano de escasa importancia.

—Explíquese usted de una vez, exclamó Folentin exasperado.

—Pues bien. No sé lo que ha podido pasar entre tu mujer, Raynaud y el marqués de Condottier; pero ese imbécil, me refiero á Condottier, ha enviado dos amigos, dos polichinelas de su misma especie, al simpático Raynaud.

—Mauricio me lo ha dicho.

—¿Y qué le importa á él todo esto? Otro loco; entre él y su hermana forman excelentísima pareja. Pero él es de otro género.

—En esta circunstancia se muestra muy razonable, y tengo gran satisfacción diciéndoselo.

—Y yo sabiéndolo. Otra cosa que me asombra.

—Pero ¿cómo está usted al corriente de todo?

—De un modo muy sencillo. Raynaud ha venido á suplicarme que le represente con su amigo Evans.

—Pero ¿qué razones da para batirse con Condottier?

—No da ninguna.

—¡Cómo! Él tampoco... Mi mujer se calla... Mi mujer se calla también... Será preciso que Condottier lo explique. Ya es demasiado, y no quiero que se burlen de mí.

—No piensas más que en ti; tú primero, tú después, y tú siempre; esta hipertrofia del yo es una enfermedad que te hace aborrecible. Dos hombres se van á matar, y en vez de ocuparte de ellos te ocupas de ti.

—Porque en resumidas cuentas sólo de mí se trata, gritó Folentin furioso. Usted no comprende nada, pero yo lo adivino todo; la maquinación está dirigida contra mí. Raynaud sólo es un pretexto, y mi personalidad es la que está en litigio. Condottier ha querido y quiere aún comprometer á mi mujer, pero yo he de pasar por encima de todo y le desmascararé...

—Adelantarás mucho con ello. Después de todo, la cosa no es difícil de comprender. Vivís como unos insensatos, y luego extrañáis que las consecuencias de vuestra vida sean ilógicas. No se recoge más que lo que se ha sembrado.

—Todo esto es hablar para no decir nada. Me está usted colocando desperdicios de moral recogidos en los folletines de los periódicos. ¿Cree usted que voy á contentarme con sus sermones? ¿Qué fin se propone Condottier? ¿Por qué la emprende contra Raynaud?

—Si tú mismo no lo sabes, ¿cómo quieres que yo te lo diga? ¿Estoy en el secreto de vuestras locuras? ¿Crees que me divierte conferenciar con dos idiotas como La Bréde y Tremblay, á propósito de un farfante como Condottier? Afortunadamente tengo por compañero al Sr. Evans, que es un hombre serio.

—A ese no le harán salirse de su paso.

—Ni á mí tampoco. Ya verán esos gomosos con quién tratan. Vaya..., gentes que todos los años cazan en mi casa y que siempre tienen algo que decir; pero que esperen, que esperen un poco.

—¿Cuándo se reunen ustedes?

—Mañana por la mañana.

—Bueno. Procuraré ver á mi mujer, y tal vez al fin se decidirá á decirme lo que ha sucedido y qué papel represento en todo esto.

—Eso es lo que te preocupa.

—¡Por supuesto!

—Pues mira, puedes estar seguro de que no es muy brillante.

Folentin volvió á su casa impresionado con este augurio. Era la hora de comer, y Rosa le pasó recado para que se sentase á la mesa sin esperarla. En su inmenso comedor, y servido por cuatro criados, Folentin comió solo; fué á encerrarse luego en el cuarto de fumar, y allí se puso á reflexionar, cosa que no había hecho desde hacía mucho tiempo. La exaltación en que continuamente vivía cesaba brus-

camente, y se encontraba frente a su situación real, que desde el primer momento no juzgó satisfactoria. Recordaba lo que su suegro le había dicho en un momento de franqueza, y empezaba a darse cuenta de la extravagancia de su conducta con respecto a su mujer.

En los tres años que hacía que se había casado con Rosa, uno y otra no habían tenido más que una preocupación: brillar. Todo lo habían subordinado a las exigencias de su orgullo, y en aquel momento, detrás del decorado de su vida esplendorosa, la tristeza y la miseria de su sentido moral aparecían en muy lamentable estado. ¿A quién se podía exigir la responsabilidad de aquel desastre sino a él, que se había envanecido con su indiferencia, su egoísmo y su inmoralidad? ¿Cómo calificar la actitud de desentortura por él adoptada en presencia de las tentativas hechas para seducir a su mujer? De no calificarla de tontería, era preciso calificarla de cinismo. Folentin reflexionaba: los tres años que tan gloriosos para su amor propio le habían parecido hasta entonces, perdieron todo el valor al someterlos a un examen serio y detenido; empezó a creerse más inocente que otra cosa, y una especie de celos se apoderó bruscamente de él.

El accidente vulgar que hasta entonces había considerado insignificante, la caída de una mujer, le pareció que de pronto revestía una importancia muy extraordinaria, y al pensar en una posible traición de su esposa, dejó de ser un fantoche para convertirse en hombre. Sufrió, tembló y no pudo soportar la idea de que su mujer le engañase y continuase viviendo tranquilamente a su lado. Tuvo un acceso de rabia, y en el silencio de la habitación en que pesaba sus contrariedades se dijo: «Antes la arrojaría de mi casa.»

Bajó la frente con amargura; ¡echar a Rosa! Folentin, que tantas veces declarara que lo importante entre esposos era seguir siendo buenos amigos y perdonarse las pequeñas debilidades, había llegado al extremo de pensar en una solución brutal, empujado por una ligereza de mujer. ¡Qué decadencia! Imposible reconocer en aquel marido irritado é inquieto al brillante burlón que no tomaba nadie en serio. Apenas se reconocía a sí mismo, y sin embargo, seguía siendo el Folentin de siempre, protestando de que se le pudiese engañar. Desde que conocía la maniobra de Condottier, y sospechaba que Rosa había contribuido a ridiculizarlo, se sentía muy distinto a cuando decía en público: «El marqués hace la corte a mi mujer, y no niego su buen gusto.» Entonces no admitía que la catástrofe se pudiese producir, y su presunción reposaba en su propia confianza; y en el momento en que ya no consideraba imposible lo que hasta entonces había juzgado sin importancia, se sentía humillado, herido, furioso, y a su mente acudía la idea del divorcio.

Mientras Folentin se desesperaba con su examen de conciencia, Rosa se sentía torturada por la incertidumbre. Dos veces había enviado a su doncella a casa de Raynaud, rogándole que fuese a verla, y ninguna había obtenido respuesta: la primera, el señor Raynaud había salido, y no sabían cuándo volvería; la segunda, Raynaud conferenciaba con Evans, y había dado orden de que no le molestaran por nada ni por nadie. La doncella había dejado allí los billetes de Rosa. Parecía imposible que Raynaud no hubiese tenido un momento para leerlos, y apenas era creíble que no acudiera al llamamiento de Rosa. ¡Qué cambio tan grande se había producido en aquel corazón abnegado! ¿Pensaba, acaso, después de haber encontrado a Rosa encerrada con Condottier, que únicamente le había hecho ir a casa del marqués para presentarle aquel espectáculo? Eso era inadmisiblemente. Su actitud y la violencia de sus palabras atestiguaban su inocencia. Después de haberla visto temblando de cólera ante Condottier, no podía creer que estuviera en connivencia con él, y siendo su víctima no podía ser su cómplice.

Eso quería decirle Rosa a Raynaud; sentía imperiosa necesidad de disculparse ante él y de dirigirle duros reproches, porque en gran parte le consideraba culpable de lo que sucedía. Su rigidez, su salvajismo y el no comprender cuánto había de afectuoso en las intenciones de Rosa, habían creado el conflicto con Condottier. Ella misma no sabía cómo explicar todo esto a Raynaud, pero quería verle, aunque luego no hubiese de decirle nada. Y sola en su tocador, tendida en la *chaise longue*, se desesperaba viendo que Valentín continuaba hostil y negándose a obedecerla; porque no admitía que tuviese cosa más urgente que acudir a su llamamiento. Como Folentin le hubiera preguntado si podía recibirle, se decidió a dejarle entrar. Al principio se mostró huraño.

—Y bien, querida, veo que tu jaqueca es más

complaciente. Me alegro infinito. ¿Ignoras las consecuencias que ha traído tu salida de ayer?

—En absoluto, contestó Rosa sin mover la cabeza medio oculta entre los encajes de las almohadas, y te ruego que vayas a casa de Raynaud y lo traigas en seguida.

—Pierdes el juicio, exclamó Folentin. ¿Piensas que voy a inmiscuirme en tus asuntos, sin saber lo que ha sucedido? Me juzgas más benévolo de lo que soy en realidad; dime primero lo que ocurrió en el hotel Condottier, y luego veremos.

—Tiene poco interés para ti.
—¿Cómo!, dijo Folentin. ¿Poco interés mi honor?
—¡Vaya unas palabras para cosa tan insignificante!

—¿Insignificante tu fidelidad? Es posible; pero ¡mi honor!..

—No me tienes acostumbrada a tanta delicadeza; hoy atraviesas una horrible crisis de rigorismo, te sientes burgués. ¿Qué te pasa?

—Me pasa que no quiero que se burlen de mí, ni Condottier, ni otros, y que si tú me has puesto en ridículo...

—¿Amenazas ahora?

—Sí, señora; confiesa si quieres y dime claramente las relaciones que median entre ti y el marqués de Condottier.

—Pregúntaselo a él mismo para que se ría en tu cara.

—No se trata de reír, se trata de dar explicaciones.

—Eres ridículo.

—No lo seré mucho tiempo.

—¿Qué harás?

—Te echaré de mi casa para que sigas coquetear con Condottier en otra parte.

—Le parecerá de perlas. No desea otra cosa.

—¿Por qué?

—Si todavía no has entendido la combinación del marqués, no la entenderás nunca.

—Señora, exclamó Folentin exasperado, abusa usted de mi paciencia demasiado.

—No tanto como usted de la mía. Vaya usted a buscarme al Sr. Raynaud.

—¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Eso es lo que quiero saber.

—Entonces, ¿no lo sabes?

—Apenas.

—¿Qué enredo es este?

—Acabarás por saberlo.

—¡Desgraciados entonces los que me hayan engañado!

—Sí, es cosa sabida. Eres un rayo que lo pulveriza todo; pero te suplico que observes que hasta ahora no te hablé de mis proyectos, por más que me has anunciado groseramente tus intenciones. Piensas echarme de tu casa, y yo estoy decidida a no permanecer en ella.

—¿Adónde irás?

—Adonde tenga la seguridad de no encontrarte.

—¿Tanto me odias?

—¿Yo? No me tomo este trabajo. Te trato como mereces, como a un personaje sin consecuencia...

—¡Sin consecuencia!

—Ya ves que es tu destino. Ni Condottier, ni Raynaud, se ocupan de ti.

—Se ocupan el uno del otro, pero yo acabaré ocupándome de los dos.

—Para ponerlos de acuerdo. Perfectamente. Antes que sea demasiado tarde, ve a buscar al señor Raynaud.

—¿Y qué papel voy a hacer?

—Siempre preocupado por lo mismo... No parece lo que eres.

—Pero ¿qué es lo que soy?, gritó Folentin fuera de sí.

—Nada de lo que mereces ser, y ciertamente no eres tú quien pueda alabarse de ello.

Folentin hizo una mueca de despecho, se encogió de hombros y murmuró:

—Hoy no se te puede tolerar, y ya que no quieres darme cuenta de lo que pasa, arréglate como puedas. No me expondré más tiempo a tus tonterías. Buenas noches.

Rosa no le contestó; pero apenas había cerrado la puerta de su tocador, se puso en pie de un salto, tiró la toquilla de encaje que le cubría la garganta, y despojándose de la bata empezó a vestirse. Se puso un traje oscuro y un sombrero sencillísimo; cubrióse el rostro con un velillo muy espeso, y sin decir nada a nadie bajó por una escalera interior, pasó por delante del portero y salió a los Campos Elíseos. La noche era suave y clara. Llegó hasta el Elisée-Palace, se detuvo un momento ante el vasto edificio, y entrando luego en el vestíbulo se dirigió a la administración:

—El Sr. Raynaud ¿está en su cuarto?

—Voy a preguntarlo, señora.

Sentóse pacientemente en un rincón, y un instante después sonó el timbre del teléfono y se cambiaron algunas palabras.

—El Sr. Raynaud acaba de llegar. Segundo piso, núm. 17. Enfrente está el ascensor.

Rosa dió las gracias con una inclinación de cabeza, y siguiendo al empleado que le indicaba el camino, se detuvo ante el núm. 17. El corazón le latía con violencia. Dominando su emoción, hizo sonar el timbre eléctrico. Un instante después, un criado la hizo entrar en un saloncito.

—Advierta al Sr. Raynaud, dijo Rosa, que una señora desea hablarle.

No quiso dar su nombre a aquel criado desconocido, y pensó que Valentín sabría adivinar su presencia en su casa. Tal vez quería darse cuenta del efecto que su visita produciría y asegurarse al mismo tiempo de que ninguna otra mujer visitaba a Raynaud. Debió quedar satisfecha, pues Valentín salió sin vacilar.

—¿Cómo, señora! ¿Usted en mi casa? ¿Qué sucede?

—Eso es lo que vengo a preguntarle, pues no me ha dado ninguna noticia, y hasta mí han llegado rumores que me inquietan vivamente.

—Yo le suplico que no se preocupe por mí.

—¿Por quién quiere usted que me preocupe? El único que me interesa es usted...

Inmediatamente lamentó haber pronunciado estas palabras, que ponían de manifiesto con demasiada claridad su modo de pensar y sus sentimientos. Raynaud no abusó de esta confesión, y siguió manifestándose circunspecto y frío. Rosa, incapaz de moderarse, dijo:

—¿Qué significan esa reserva y esa circunspección? ¿Oyen lo que decimos? ¿Está usted acompañado?

—No estoy solo. Ralph Evans vive conmigo; pero tranquilícese, pues nadie puede oírnos.

—A mí qué me importa... Yo le ruego que me diga a qué extremo han llegado las cosas.

—Pues bien, señora; el marqués de Condottier ha considerado como ofensa mi intervención en el coloquio que sostenía con usted...

—Me imagino, interrumpió ella, que no se prestará usted a los caprichos del marqués de Condottier.

—No sé si el Sr. de Condottier tiene caprichos. Parece despechado porque interrumpí aquella conversación con usted.

—Por lo menos, añadió Rosa con vehemencia, supongo que no cree usted que hubo complacencia por mi parte para encontrarme sola con él...

Valentín permaneció imperturbable.

—Señora, no tengo ninguna opinión de este género, ni hay afortunadamente por qué tenerla.

Rosa se estremeció; hizo un gesto brusco de enérgica protesta, y arrancándose el velillo que la ahogaba, mostró a Valentín su hermoso rostro, pálido y contraído.

—Con todo, ¿me cree usted cuando afirmo que me encontré sola en casa del Sr. de Condottier muy contra mi gusto?

—Señora, no hay nada que me haga dudar de sus afirmaciones.

—Emplea usted conmigo una corrección y una cortesía que son más ofensivas que la brutalidad.

—Para permitirme ser brutal con usted, dijo con amargura, no soy el marqués de Condottier.

—Al fin ha expresado usted su pensamiento, exclamó Rosa encolerizada. Cree usted que Condottier tiene derechos sobre mí y lo dice usted, se atreve usted a decirlo...

Valentín se detuvo ante ella, encogió los hombros, sus ojos centellearon y replicó:

—Sí, me atrevo a decirlo y me estremezco de vergüenza y de rabia. Sí, creo que fué usted a casa de Condottier de acuerdo con él. Que se hubiese usted luego enfadado con el marqués, que éste se hubiese propuesto obligarla a ceder, y que yo llegase para librarle de su insistencia, cosas son que nada significan; es un incidente sin ningún valor, una casualidad. Lo que domina es su connivencia con él, afirmada por todo lo que dice, medita, mancha, babea y calumnia el mundo infame en que ustedes viven; es su connivencia, atestiguada por los privilegios sin número que usted ha concedido públicamente a ese bellaco insolente; es su connivencia, cuyas pruebas se complacía en darme como para cruzarme la cara, sabiendo que sufría atrocemente. Después de todo esto, ¿es extraño que ayer la encontrase encerrada con el marqués de Condottier? Lo sorprendente hubiera sido no haberla encontrado. Pues bien: ese día la habrá tratado con menos caballerosidad que de costumbre, ya que esos hombres de mundo tienen pocas atenciones con las mujeres; la habrá disgustado por cualquier motivo, y usted habrá querido salir

antes que él se lo permitiese. ¿Qué significa todo esto? ¿Que lo que he oído contar con respecto á usted es falso, que lo que le he visto hacer es vano, y que el Sr. de Condottier nada tiene que ver con usted? Señora, ¿me cree usted estúpido?

Rosa le miró un instante satisfecha al verle alterado por la cólera, temblando de angustia y fuera de sí. Después, con mucha calma, dijo:

—Si existiesen esas relaciones que usted supone, ¿por qué le desafiara á usted? ¿Y por qué habría turbado usted nuestra conversación si creía usted que tenía derechos para retenerme en su casa á pesar mío? Usted sabe perfectamente que entre él y yo no ha habido más que ligerezas, que todo lo que se cuenta son calumnias, y que hasta lo visto por usted mismo es ilusorio.

—Entonces, gritó con desesperación, ¿por qué se ha ingeniado usted para hacer fuera de mi presencia y delante de mí todo lo necesario para hacerme creer que si no estaba perdida estaba á punto de perderse?

Rosa movió la cabeza; una sonrisa enigmática y encantadora contrajo sus labios, y dijo:

—¿Por qué? Sí, ¿por qué? He ahí lo que sería preciso adivinar.

Con abatimiento, Valentín dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo

—¿Cómo se complace usted torturándose! Cada vez que la veo quedo rendido, desolado. ¿Qué coqueta tan atroz es usted, para que en este mismo momento venga á provocarme con la deliciosa sonrisa de sus labios burlescos y la misteriosa mirada de sus ojos, que prometen siempre y no cumplen nunca? ¿Qué espera obtener de mí en cuanto á cobardía ó locura? Hable, explíquese usted, ya ve que me perturba el cerebro y me desgarran el corazón.

Rosa se sentó á su lado, y levantando el dedo con el gesto autoritario que tan familiar le era, contestó:

—Quiero que al fin me diga lo que piensa, y que en ese cerebro que perturbo y en ese corazón que desgarran no haya nada oculto para mí.

Valentín sintió que un estremecimiento violento agitaba todo su ser, y acercándose mucho á Rosa y con voz baja y temblorosa le dijo:

—Usted quiere saber que la adoro, que la he adorado siempre, y que en estos momentos en que tantos motivos tengo para sospechar de usted y temerla, la adoro aún porque mi destino es amarla eternamente, desgraciado, pero fiel hasta la muerte. Sí, desde que pienso, soy suyo, no he podido hacerme dueño de mí mismo á pesar de sus injusticias y crueldades. Sufría en silencio no viéndola como yo había soñado, y era para mí una desesperación inconcebible estar condenado á presenciar su degradación moral. Me fuí al otro extremo del mundo para librarme del horrible espectáculo de ver que aquella que yo deseaba superior á todas las mujeres se rebajaba hasta las más indignas, siendo amiga de una condesa Grodsko y compañera de las locas que sólo buscan en la vida ocasiones de placer. Pero de lejos como de cerca pensaba en usted y tenía sólo un deseo, verla de nuevo aunque fuese para sufrir. A los tres años he vuelto, y ya ve usted que no me he equivocado respecto á lo que esperaba, puesto que desde el primer momento la encuentro envuelta en la odiosa intriga de la que pretende ser víctima. Con razón me decía Evans: «¿Qué va usted á hacer en ese mundo podrido? Quédesse á mi lado, en nuestros horizontes inmensos, trabajando libremente y lejos de perversidades y bajezas. Aquí somos reyes; hacemos lo que queremos, y en cuanto vuelva á París se sentirá aniquilado por las costumbres, los prejuicios, los convencionalismos, y se convertirá en un pobre esclavo.» No quise escucharle; volví, y no hay tormento que no haya sufrido. Me avergüenzo de mí mismo; siento horror de los demás; la censura y la acuso; me pregunto si debo despreciarla, y con todo, la adoro. Usted ha querido saber lo que había

en mi cerebro y en mi corazón; pues ya lo sabe. No le he ocultado nada.

Muy dulcemente, Rosa le contestó:

—Ha hecho usted muy bien, y estoy contenta de saber que me quiere. Usted es el único hombre cuyo afecto necesito; usted lo sabía, ¿por qué me lo regateaba? Muy injusta he sido con usted, pero estaba ciega. Cuando hablamos en el jardín de la fábrica de Beaumont, ¿me quería usted tanto como hoy? ¿Por qué no me lo dijo entonces?

—No me atrevía. Mediaba entre nosotros una gran distancia, y para salvarla hubiera necesitado que me alentaran, y usted no me alentó...

—Es cierto. No sabía donde tenía el juicio. Sólo



Cubrióse el rostro con un velillo muy espeso

pensaba en una posición elevada, gran fortuna, lujo brillante... Era una chiquilla sin experiencia. Para llegar á ideas sanas y fuertes ha sido preciso que sepa lo que de vano y miserable tenían mis deseos. Recuerdo que Evans y usted, en vez de atacarme suavemente y tratarme con indulgencia, me atacaron de frente, con aspereza, y golpearon con fuerza mis quimeras; pero yo no veía más que por los ojos de mi madre, llena de humos aristocráticos, y de mi padre, que sólo estimaba á la gente de dinero. Para demostrarme hasta qué punto me equivocaba, han sido precisos el conocimiento de la vida y la experiencia de la realidad; pero era ya demasiado tarde. Usted se había marchado y yo me encontraba sola, entregada á mí misma y en medio de un mundo depravado. Me he visto tan adulada, perseguida y acechada, que no me he perdido por milagro. Ahora todo ha terminado y no corro ningún peligro: hemos tenido una explicación; sé que usted me quiere... y voy á ser dichosa.

Valentín la miró con asombro:

—Y ¿cómo pretende acomodar sus sentimientos con su situación? Está usted casada...

Rosa replicó con serenidad:

—Sin duda, pero tengo libertad. Nos veremos todos los días. Mi marido no nos molestará lo más mínimo...

Valentín volvió la cabeza, y luego, como si temiese adivinar lo que Rosa iba á decir, interrumpió:

—¿Y usted será?..

No terminó la frase.

—¿Qué iba usted á decir, replicó Rosa vivamente y sonrojándose? ¿Aceptaría usted esa situación? No lo creo...

—Entonces ¿qué vida nos espera? Tiene usted la pretensión de colocarse por encima de los prejuicios corrientes y razonar de un modo superior, pero no puede desconocer que la situación en que nos encontraríamos llegaría á ser inaceptable. Según usted misma dice, al principio de su vida cometió un error que la ha conducido á la situación en que se encuentra; lo más prudente es seguir en ella.

—¿Y continuar viviendo como vivo? ¡Nunca!

—Entonces ¿quiere usted divorciarse?

—Sí, es preciso.

—Y su marido ¿querrá?

—Probablemente no, á no ser que su amor propio le incite.

—Entonces no hay solución.

—Eso es lo que veremos.

—Yo le suplico que no hablemos más de estas cosas. Me parece que son, sólo discutiéndolas, tan depresivas para usted como para mí. Contentémonos con la amistad sincera que nos está permitida.

—Con la condición de que me dará usted todas las garantías de obediencia y buen juicio que tengo derecho á esperar. Nada de cuestiones con el marqués de Condottier.

—Eso no depende de mí.

—Sí, depende de usted. Si no se agrian las negociaciones empezadas, siempre hay medios de arreglar las cosas; es cuestión de procedimientos.

—¿Se conformará el marqués de Condottier?

—Se le obligará.

—¿Quién?

—Evans y mi padre; yo, si es preciso.

—¿Usted? En nombre del cielo le suplico que si quiere que todo termine en paz, no se meta en nada. Si interviene, las cosas se pondrán peor.

—Bien, no haré nada, pero prométame que será usted razonable.

—Sí, y para probarlo, le suplico que vuelva á su casa. Son las once.

—Me voy.

Se colocó el velillo ante el espejo, y para Valentín fué causa de gran satisfacción ver en su casa, elegante y familiar, á esa mujer cuya presencia durante tantos años había deseado. Ella se volvió, le miró un instante como si quisiera grabar su imagen en sus ojos, y sonriendo le dijo:

—Es usted, y sin embargo, no es usted.

—Eso es decir que la opinión que se había formado de mí no corresponde á sus recuerdos. Yo soy siempre el mismo, usted es la que ha cambiado.

—Sí, he cambiado mucho, mucho, murmuró y es una gran fortuna. Usted se acordará de que en casa de mi padre me llamaban riendo la Conquistadora. Tal vez, después de muchas conquistas inútiles ó enojosas, habré llegado á la conquista envidiable: la de un corazón sincero y abnegado.

Rosa le tendió la mano, hizo un movimiento como si fuese á arrojarla en sus brazos, pero ante su rostro grave se contuvo, y esbelta y ligera desapareció por el pasillo.

VI

Folentín se disponía á ir á su despacho, cuando su mujer le pasó recado rogándole que pasase por su habitación. Este género de caprichos eran muy raros en Rosa, y para que se alterase el curso de la reglamentada vida conyugal precisaba que ocurriese algo importante. El banquero cruzó el saloncito, entró en el gabinete de su mujer, y la halló sentada ante su tocador con un telegrama en la mano. Ni siquiera le dió tiempo para que la saludara, con el rostro alterado y los ojos brillantes, que atestiguaban violenta emoción, entregó el telegrama á Folentín diciéndole esta sola palabra:

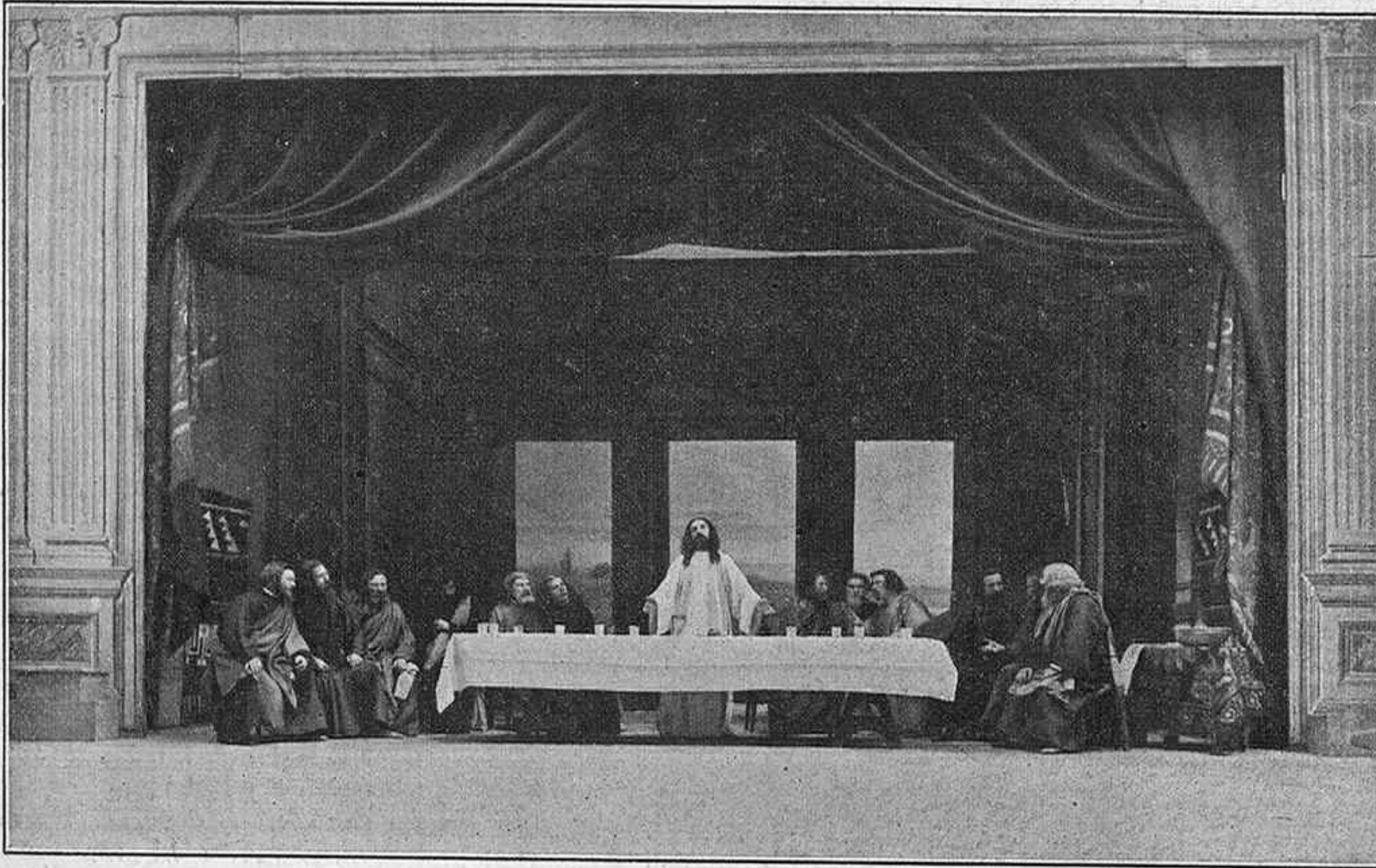
(Continuará.)

LA PASIÓN EN NANCY

En Nancy se está representando actualmente un espectáculo en extremo interesante, la *Pasión*, que

muestra cuán extraordinarios resultados puede lograr una voluntad enérgica, acompañada de un gusto exquisito, para un fin de alta enseñanza moral.

En 29 de mayo de 1904, el padre Petit, después



LA PASIÓN EN NANCY.—LA CENA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^ª)

el padre Petit, canónigo honorario de la parroquia de San José, ha copiado de la que desde antiguo se representa en Oberammergau, traduciéndola, adaptándola y transformándola al gusto francés, y haciendo de ella una obra casi original, merced á todo cuanto ha puesto en ella de su fe religiosa, de su sentimiento del arte, de su amor á la belleza.

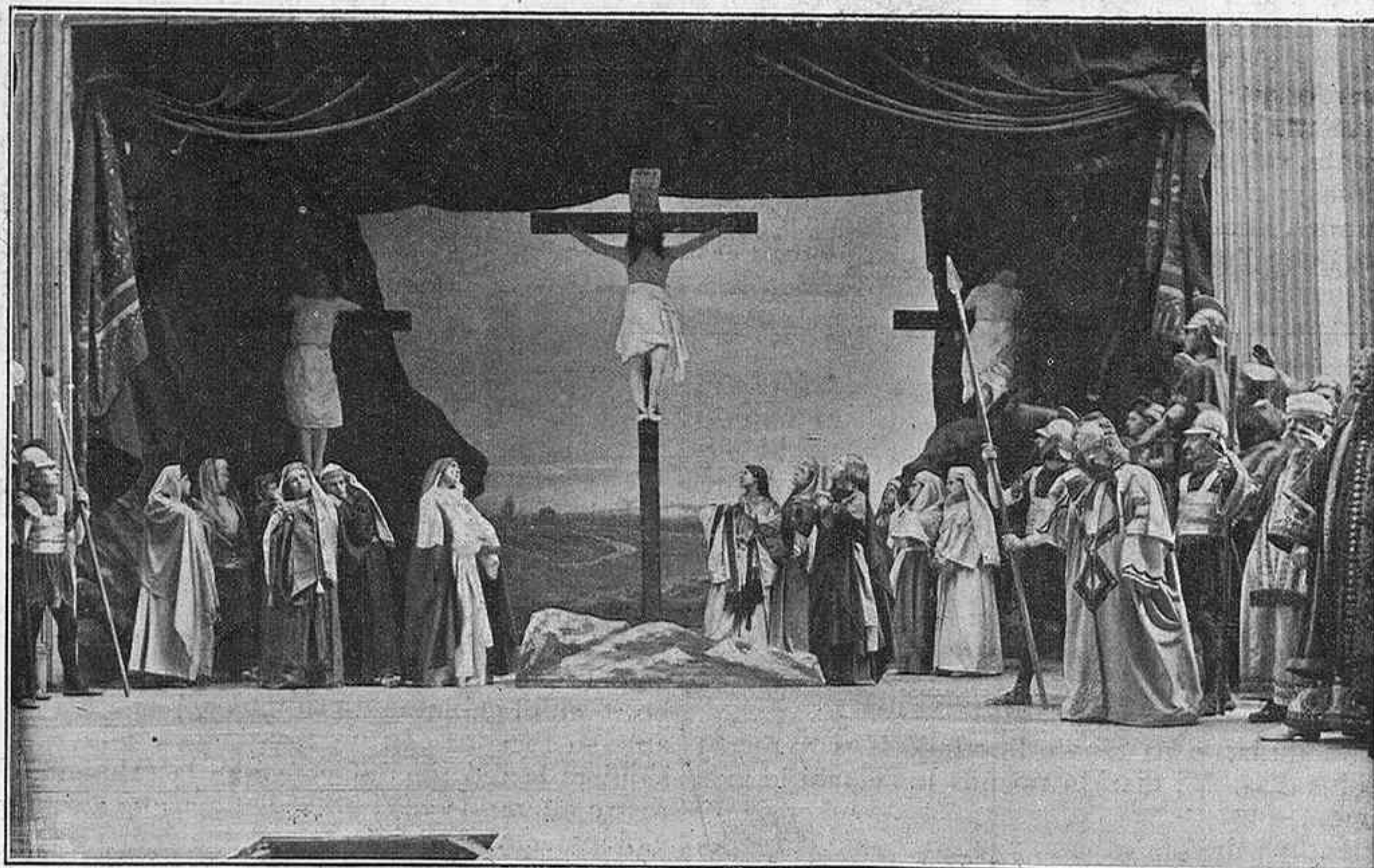
Conviene decir algo acerca de los caracteres esenciales de esta *Pasión*. Aunque solamente fuese una feliz tentativa de restauración del teatro sagrado, sería una empresa altamente laudable y merecería aplausos el propósito de un sacerdote que, volviendo á la tradición perdida de la Iglesia medioeval, habría utilizado en pro de las creencias las pompas dramáticas. También sería meritoria la obra si se propusiera simplemente hacer revivir á los ojos de los contemporáneos la vida patética y la crucifixión de Jesús y conmoverlos con el espectáculo del drama del Gólgota, porque no hay imagen del pasado que sea á la vez más doloroso para la humanidad cristiana ni que esté más presente en su pensamiento. Pero la *Pasión* de Nancy es algo más que todo esto, es una empresa de belleza grande y total que, al mismo tiempo que expone grandes ejemplos, ofrece una atrevida y memorable realización de teatro popular, la más completa que hasta ahora se haya intentado. Por la amplitud del lugar en que se representa, por las dimensiones del escenario, por el número de personajes, por la perfección de las decoraciones y de los trajes, por la grave sinceridad con que desempeñan su papel actores benévolos, constituye un conjunto de un relieve emocionante y de-

de ocho meses de esfuerzos y de preparación, dió á



LA PASIÓN EN NANCY.—JESÚS EN CASA DE PILATOS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^ª)

conocer, no sin gran temor, el ensayo al cual se ha-



LA PASIÓN EN NANCY.—LA CRUCIFIXIÓN. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^ª)

bía consagrado con toda su alma, y el éxito lisonjero que entonces obtuvo hizo esperar que se repetiría todos los años. Esta esperanza se ha realizado, aunque sólo en parte: en efecto, este año se han reproducido las representaciones de la *Pasión*, que durarán hasta el día 1.º de octubre; pero el padre Petit, siguiendo en esto la tradición de Oberammergau, ha decidido que la *Pasión* no se represente sino cada diez años. Lo mismo los creyentes que los profanos amantes de lo bello, así los que se emocionan al oír recitar los Evangelios como los que andan en busca de un teatro popular, han tenido una ocasión incomparable de afirmarse en su fe, al mismo tiempo que de instruirse, pudiendo desde ahora asegurarse que, sea cual fuere la fórmula futura del teatro del pueblo, no realizará una obra más perfecta que la llevada á cabo con laboriosa modestia por el párroco de San José, de Nancy.

Al reproducirse este año la *Pasión* del padre Petit, se ha renovado y perfeccionado. Hace un año, se trataba de un ensayo; ahora se trata de una obra definitiva; y los espectadores que en 1904 se sucedieron en el vasto patio de la casa parroquial y este año han acudido allí de nuevo, han podido ver una *Pasión* en cierto modo nueva.

La sala, que tenía 2.000 asientos, tiene ahora 2.400 y mide 50 metros de largo por 21 de ancho. Un techo metálico, sostenido por delgadas columnas, la preserva de la lluvia y del sol. El escenario tiene 21 metros de anchura por 15 de profundidad y está circunscrito por decoraciones llenas de luz que evocan la mística Jerusalén; en ciertos momentos, muévense en él 400 actores y comparsas. Añadiendo á este número los coros y la orquesta, resulta un total de 475 personas reunidas para esta obra prodigiosa.

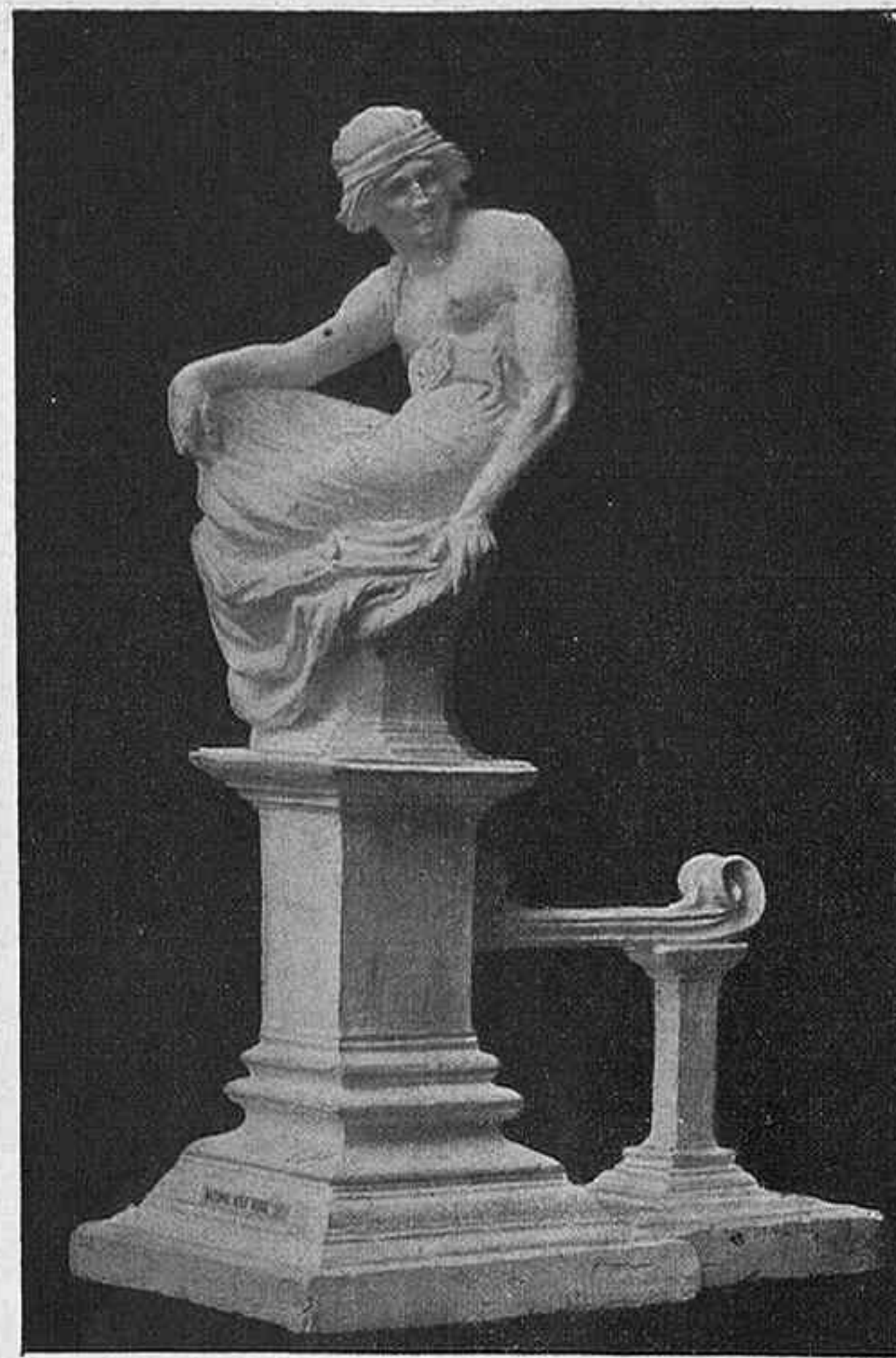
A excepción de algunos músicos, todos, absolutamente todos los que en la representación intervienen son aficionados. En torno suyo, en su propia feligresía, ha encontrado el padre Petit esos admirables colaboradores que se han puesto bajo su dirección, no sólo con una fe intrépida, sino también con una inteligencia sorprendente; únicamente es forastero el actor que personifica á Jesús y que es un contador de Luneville. Y todos, actores y comparsas, representan con una comprensión asombrosa de sus papeles, del aparato escénico y de la verdad dramática, distinguiéndose especialmente Jesús y Judas. Pero más asombroso todavía es el valor de los conjuntos y la singular verdad que emana de las muchedumbres reunidas, contemplando las cuales se experimenta la sorpresa de ver en cada comparsa un actor que se afana por representar su papel anónimo. De ello resulta una emoción intensa, y más de un espectador ha derramado lágrimas en la escena del beso de Judas y ha prorrumpido en sollozos en el instante en que Jesús exhala el último suspiro.

En esto precisamente ha revelado el padre Petit la firmeza de su gusto y su ciencia inteligente. En la sucesión de las escenas ha tenido la ingeniosa idea de reproducir en cuadros plásticos un gran número de pinturas religiosas de conocida fama, como *La Cena*, de Leonardo de Vinci; *El Sepelio*, de Ciseri; *El Descendimiento*, de Rubens; *La comida en casa de Simón*, de Veronese, y otros, que evocan constantemente la belleza. Esta es la principal innovación in-

Introducida este año; pero hay otras además, como escenas nuevas, diálogo completamente revisado, más animado, más vivo, trajes nuevos, algunos de los cuales proceden directamente de Palestina, etc.

¿Cómo extrañarse, pues, del éxito prodigioso que desde un principio ha acompañado á esa hermosa tentativa? El año pasado aplaudieron la *Pasión* 100.000 espectadores; este año el número de éstos será aún mayor. Más de sesenta obispos franceses han dado su aprobación explícita á las representaciones de la *Pasión*, y muchos de ellos han acudido á Nancy para asistir á las mismas. También han ido allí con el mismo objeto multitud de notabilidades parisienses del arte ó de la alta sociedad; y no ha habido turista que recorriera aquella parte de Francia que no se haya detenido un domingo en aquella ciudad. Muchos extranjeros, especialmente de Bélgica, Suiza, Luxemburgo y Alsacia Lorena, han proporcionado asimismo un buen contingente de espectadores. En suma, la *Pasión* de San José se convier te en lugar de peregrinación como Oberammergau; hermosa desde el punto de vista artístico, es además significativa por su carácter religioso y «está llamada á hacer el mayor bien,» según la frase empleada por S. S. Pío X al enviar su bendición á los organiza dores.

La *Pasión* se divide en dos partes. La primera em pieza á las nueve y media de la mañana y compren de las principales escenas de la vida de Jesús, cada una de las cuales va precedida de un prólogo reci tado por un corifeo, rodeado de veinte ángeles, y de un cuadro plástico simbólico correspondiente á la escena que se va á representar; esta primera parte dura hasta las doce menos cuarto. A esta hora se suspende la representación hasta las dos menos cuar to, en que comienza la segunda parte dedicada á la



MORILLO PARA CHIMENEA, escultura de Ernesto Copestick

Pasión propiamente dicha, desde el beso de Judas hasta la resurrección, que es la apoteosis final.

El precio de las localidades varía, según la clase, entre dos y diez francos.

La *Pasión* de Nancy constituye, pues, un espec táculo eminentemente popular, ya que es represen tada por gentes del pueblo, es accesible al pueblo por la modicidad del precio de entrada y está desti nada á difundir entre el pueblo el arte, la belleza y la fe.

El padre Petit, autor del libro y director general de esta obra considerable, ha demostrado ser un or ganizador de primera fuerza y un verdadero artista, y con recursos relativamente limitados ha realizado una empresa notable desde todos los puntos de vis ta y digna bajo todos conceptos de calurosas ala banzas.—N.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ARROZ, por M. Rodríguez Navas. — En este libro, que acaban de publicar los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, de Ma drid, da á conocer el distinguido publicista agrícola Sr. Ro dríguez Navas todo cuanto con el arroz se relaciona, desde la historia, descripción botánica y plantación, hasta su recolec ción, usos y aplicaciones, y enseña cómo en cualquier región de España es fácil de cultivar esta gramínea, una de las más productivas. Precio del libro: dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado.

OBRAS MENORES DE CERVANTES. — En dos tomos de la Biblioteca Diamante, que con tanto éxito publica en esta ciu dad D. Antonio López, ha coleccionado el cervantista Sr. Gi vanel lo que califica de *Obras menores de Cervantes*: el pri mero comprende varias composiciones poéticas poco conocidas del inmortal autor del *Quijote*, y el segundo está dedicado exclusivamente al *Viaje al Parnaso*. En el primero hay, ade más, un notable prólogo del Sr. Givanel. Precio de cada tomo, dos reales.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 elmas reconstituyentes soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
 Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO — ASMA — OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

65 AÑOS DE ÉXITO

FUERA de CONCURSO PARIS 1900

GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904

Alcohol de Menta de

RICQLÈS

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)

CALMA la SED, SANEA el AGUA

Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION

COLERINA

AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito

PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS

Pedir el **RICQLÈS**

De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

BOYVEAU-LAFFECTEUR

ROB

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

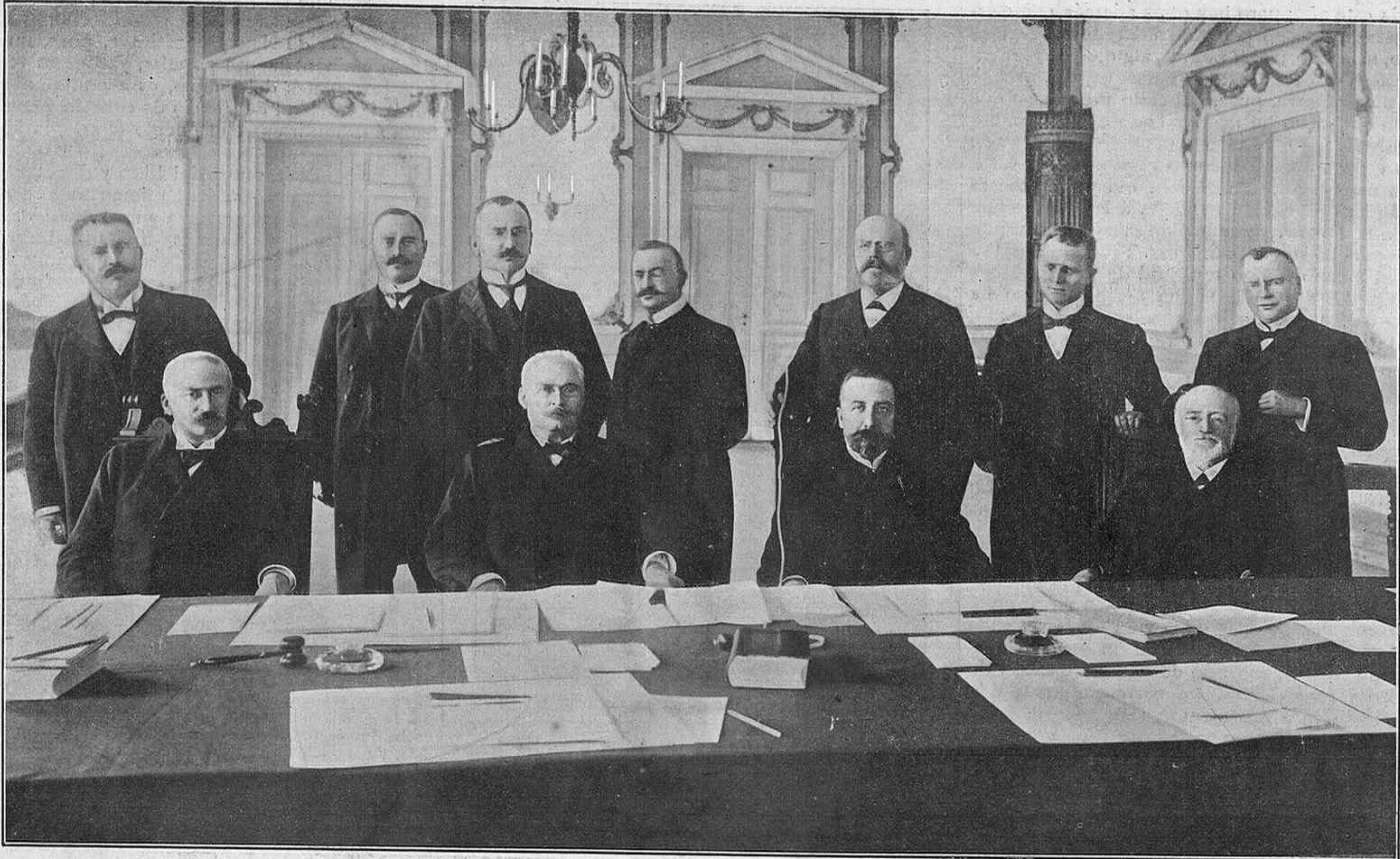
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico, SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILLOVE*. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LA SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA. - LOS DELEGADOS SUECOS Y NORUEGOS EN LA CONFERENCIA DE CARLSTADT, REUNIDA PARA RESOLVER IMPORTANTES CUESTIONES QUE SON CONSECUENCIA DE LA RUPTURA DEL PACTO DE UNIÓN. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Después de haber manifestado Noruega de una manera tan concluyente y tan unánime, por medio del reciente plebiscito, su firme voluntad de separarse de Suecia, ha sido preciso proceder á la determinación de las condiciones en que esta separación ha de efectuarse y al arreglo de una multitud de cuestiones que dicha escisión plantea. A este objeto, los dos gobiernos, de común acuerdo, han nombrado una comisión mixta que actualmente se halla reunida en Carlstadt, compuesta por parte de Suecia de los señores Lundemberg, presidente del Consejo; Wachtmeister, ministro de Negocios Extranjeros; Hammarskjöld, ministro de Cultos; y Staaff, ministro sin cartera (en la adjunta fotografía los dos primeros están sentados á la izquierda, y los dos últimos, de pie detrás de ellos), y por parte de Noruega, los Sres. Michelsen, presidente del Consejo; Loevland, ministro de Negocios Extranjeros; Berner, presidente del Storting; y Vogt, ministro sin cartera (los dos primeros son los que están sentados á la derecha, y los dos últimos, de pie detrás de ellos).

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

BORICINA MEISSONNIER
REMEDIO SOBERANO
CONTRA LAS Enfermedades de la PIEL y de las MUCOSAS Higiene del TOCADOR
EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO en los Hospitales de París.

Para evitar las Falsificaciones, escójase la caja segun modelo al margen, entera y sellada.
DEPÓSITO AL POR MAYOR EN ESPAÑA: ALFREDO RIERA é HIJOS, Barcelona.

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS etc. B^{te} St. Denis, 40

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS DRES **JORET-HONGUE**
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 r
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD
al IODURO de HIERRO INALTERABLE

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN